

HISTORIA DE JACOBO XALABÍN

(Anónimo catalán del siglo XIV)

INTRODUCCIÓN DE VICENT J. ESCARTÍ

TRADUCCIÓN DE JOAN V. FUERTES ZAPATA



Publications of *eHumanista*

Santa Barbara, University of California, 2014



Historia de Jacobo Xalabín
(Anónimo catalán del siglo XIV)

Publications of *eHumanista*

Directors

Antonio Cortijo Ocaña (University of California)
Ángel Gómez Moreno (Universidad Complutense, Madrid)

EDITORIAL BOARD

Carlos Alvar Ezquerro
Gregory Andrachuck
Ignacio Arellano
Julia Butinyà
Pedro M. Cátedra García
Adelaida Cortijo Ocaña
Ottavio Di Camillo
Frank Domínguez
Aurora Egido
Paola Elia
Charles B. Faulhaber
Leonardo Funes
Fernando Gómez Redondo
Enrique García Santo-Tomás
Teresa Jiménez Calvente
Jeremy N. H. Lawrance
José Manuel Lucía Mejías
José María Maestre Maestre
Georges Martin
Vicent Martines
Ignacio Navarrete
José Manuel Pedrosa
Sara Poot Herrera
Erin Rebhan
Elena del Río Parra
Nicasio Salvador Miguel
Hernán Sánchez Martínez de Pinillos
Pedro Sánchez-Prieto Borja
Julian Weiss

Historia de Jacobo Xalabín (Anónimo catalán del siglo XIV)
Introducción de Vicent J. Escartí
Traducción de Joan V. Fuertes Zapata



Publications of *eHumanista*
University of California, Santa Barbara

copyright © by V. J. Escartí & J. V. Fuertes Zapata
eHumanista/IVITRA



For information, please visit *eHumanista* (www.ehumanista.ucsb.edu)

First Edition: 2014
ISSN: 1540-5877

Notas sobre la *Historia de Jacobo Xalabín* (Vicent Josep Escartí)

La *Historia de Jacobo Xalabín* es un texto medieval que relata episodios de la historia de Turquía y aventuras de personajes de aquella nacionalidad que, por los avatares del tiempo, nos ha llegado el catalán, y, por otro lado, como otros libros de caballerías de la cultura catalana, muestra ciertos componentes de misterio que le añaden mayor interés y que todavía son desconocidos para los investigadores actuales. De hecho, no conocemos siquiera el nombre del autor o autores de este relato, y tampoco estamos en condiciones de afirmar con rotundidad si la obra fue traducida al catalán desde alguna otra lengua o si, por el contrario, en el estado actual fue pensada y redactada en dicho idioma por un nativo de la Corona de Aragón que conocía más o menos la realidad de la Turquía de su tiempo. En ambos casos, la solución a las incógnitas es bastante complicada y, en última instancia, la respuesta aportaría datos de interés muy relativo. Aunque, obviamente, saber este tipo de detalles no deja de ser provechoso, si queremos conocer bien la mentalidad que subyace en la obra, la de su autor, o la finalidad última para la cual fue ideada en un momento concreto de la historia. Detalles, en su conjunto, que han sido muy bien planteados en una publicación muy reciente de Jordi Redondo (2013), a la cual nos remitimos, pues contempla tanto las posibles fuentes usadas como aspectos lingüísticos que lo inclinan a ver en el resultado final de nuestro texto una traducción del griego –que provendría, a su vez, de un escrito en turco– y, por otra parte, la conjugación de tradiciones orales y escritas del mundo balcánico.

De cualquier forma, la *Historia de Jacobo Xalabín* se une así a una serie de textos caballerescos de la literatura medieval catalana que presentan alguna incógnita todavía no resuelta y que los hace todavía más atractivos para el lector actual. En el caso del *Tirant lo Blanch*, por ejemplo, no sólo desconocemos –tras las últimas polémicas– cuál de los dos Joanot Martorell fue el gobernador de al servicio de los condes Dénia, y si fue allí donde se redactó la magistral novela valenciana –tras descartarse la poco creíble posibilidad de un Martorell al servicio del príncipe Carlos de Viana–, sino que tampoco conocemos a ciencia cierta quien fue el autor de su traducción castellana (Valladolid, 1511) ni, tampoco, el verdadero lugar de las ediciones francesas del XVIII. En el caso del *Curial e Güelfa*, el autor sigue siendo una incógnita de difícilísima solución, como lo ponen de relieve las numerosas hipótesis que han circulado y se han rebatido, llegándose incluso a considerar esta novela catalana una falsificación del siglo XIX. Sin tener en cuenta, además, que ni siquiera se sabe con certeza de qué zona catalanoparlante sería originario su autor, defendiendo algunos su origen valenciano, mientras otros se inclinan por situarlo en el Principado (Ferrando 2007).

El problema de la paternidad de la *Historia de Jacobo Xalabín*, ha sido, como suele suceder en los casos de textos que nos han llegado sin una atribución clara a un determinado autor, uno de los aspectos que más ha llamado la atención –si no el que más– a los investigadores que se han aproximado a esta obra. Sin embargo, los estudiosos más solventes de esta novela, no se han atrevido a sugerir autores con nombres y apellidos, sino que el debate se ha centrado en la probable relación entre el autor anónimo posible y el mundo donde se encuentran situados los personajes del texto: la Turquía de finales del siglo XIV, que es el referente cultural y geográfico a tener en cuenta. Un país remoto y exótico para la Corona de Aragón de aquellos años, aunque seguramente no tanto.

Después que la *Historia de Jacobo Xalabín* se volviese a poner en circulación tras sus primeras ediciones en 1906, 1909 y 1910, los eruditos que tuvieron a cargo estas ediciones –Foulché-Delbosc, en el primer caso, y Ramon Miquel i Planas en los dos siguientes–, detectaron que el autor tenía un profundo conocimiento de la realidad turca

de su época. Aquellas primeras sospechas, se confirmarían después, ya categóricamente, con la edición crítica de Arsenio Pacheco (1964), y con las interesantes aportaciones de Lola Badía, más tarde, en el prólogo a esta obra, donde llega a afirmar que «els turcs del Jacob Xalabín són turcs de debò: les inexactituds són mínimes, la coherència històrica màxima. Cal afegir només que, referent a l'ambient de la vida quotidiana, es podria arribar a unes conclusions anàlogues» (Badia 1982). Unas opiniones semejantes no son difíciles de encontrar en otros autores, como es el caso de Martí de Riquer (1964, III: 243-248). Sin embargo, Vicent Escrivà, no hace aún demasiados años, remarcaba otra posibilidad, ya que este autor sugería que el autor de la novelita podía ser «un narrador català oriental amb cert coneixement superficial de l'àrab andalusí i no precisament resident –o renegat– a Turquia (...). Evidentment, postule un autor d'entre la colla d'ambaixadors, funcionaris, mercaders, escrivans que hagen residit a qualsevol fonda d'Al-Andalus» (Escrivà 1992: 26-27).

La verdad es que, cuando nos aproximamos a la *Historia de Jacobo Xalabín*, tenemos la sensación que el autor conocía bien el mundo de la Turquía de su tiempo. O al menos, tenía datos sobre la realidad de ciertas costumbres, el nombre de determinadas ciudades –que, por otra parte, no debían tener ninguna tradición de contacto con la Corona de Aragón– y la situación política de la zona. Aunque, con todo, el «ambiente» turco se nos aparezca sin duda como una pátina simplemente oriental. Tal vez, el del mundo musulmán que un autor peninsular podía conocer a la perfección, si había viajado por tierras andalusíes, o si tenía referencias más o menos concretas del Al-Andalus cercano, aunque este fuese ya el del reino de Granada es decir, el de un Al-Andalus reducido, pero rico, elegante, exquisito, sofisticado, exótico. O, incluso, si conocía las comunidades musulmanas que habitaban zonas bastante extensas de los territorios ibéricos de la Corona de Aragón y, especialmente, del reino de Valencia. Pero también da la sensación que el autor de la versión que nosotros podemos leer ahora de la *Historia de Jacobo Xalabín*, o bien da por supuesto que el lector posible conoce aquel mundo, y, en este sentido, solo nos remarca ciertos rasgos perfectos pintorescos; o bien no siente la necesidad de explicar nada de aquellos países donde transcurre la acción. Y con esta actitud, se aleja claramente de los narradores occidentales de viajes a tierras exóticas, empeñados en narrar los prodigios y las maravillas de los países por los cuales habían transitado. Si la base de la *Historia...* era un texto escrito por alguien de allá –o que residía allí, por los motivos que fuere–, el desinterés por explicar lo que le parecía cotidiano estaría más que justificado. Si, como señala Redondo (2013), el autor de la versión catalana era alguien del entorno greco-bizantino, la solución se hace evidente.

Por tanto, a la vista de las posibilidades esbozadas, la hipótesis de un autor de la *Historia de Jacobo Xalabín* renegado y catalán, o, sencillamente, de un catalán al servicio del poder turco o al servicio del emperador de Constantinopla –como lo habían sido cientos de hombres, en la conocida como «Expedición de Catalanes a Grecia», que aún en el siglo XVII conocería versiones literarias–, y como lo fue, en la ficción, el mismo *Tirant* creado por el valenciano Martorell–, una posibilidad que defendían los estudiosos del *Jacobo Xalabín*, mayoritariamente, deberíamos combinarla, ahora, con la también hipótesis de un simple mercader catalán conocedor del mundo musulmán, pero que necesariamente no hubiese vivido en Turquía, como sugieren las aportaciones de Escrivà, vistas más arriba. En cualquier caso, nada parece lo suficientemente contundente; aunque con las últimas aportaciones de Redondo (2013), parece más probada la hipótesis de un autor situado de hecho en el mundo oriental. Pero, más allá del evidente conocimiento de la realidad política y social turca –como se ha destacado–, no quedaría tampoco claro por que un autor catalán iba a escoger personajes reales de la dinastía reinante en Turquía, o se inventaría otros –si es que lo hace–, con la intención de redactar una apología evidente

del personaje principal, príncipe heredero turco, que, por otra parte, ya había muerto en el momento en que se configuraba el texto en el estado que lo podemos leer hoy. Tal vez, tras aquella apolgía había el deseo de atacar a Bayaceto, asesino de Jacobo y, también, quien liquidaría la última presencia catalana en Grecia, como afirmaba Ribera Llopis (1990-91: 11). Además, deberíamos tener en cuenta los motivos expuestos por Redondo (2013), que apuntan, en profundidad, hacia unos motivos semejantes y dentro de la línea de elaborar un texto propagandístico.

No es, la cuestión de la autoría, la única suscitada por nuestro texto, pues igualmente los estudiosos no se han puesto de acuerdo sobre el subgénero donde debemos ubicarlo. Así, Miquel i Planas (1910: VI) lo consideraba un libro de caballerías «d'un caràcter tot especial y ab un deix de cosa viscuda poch freqüent»; Pacheco (1964: 5) lo consideraba una «novel·la històrica» –casi como Riquer (1964, III: 243), quien hablaba de «breu novel·la d'aventures bastida sobre un real fonament històric»–; mientras que, para Badia (1982: 6), «és de temàtica fonamentalment amorosa». Por su parte, Llúcia Martín (1989: 231) adoptaba una postura más ecléctica, afirmando que era «inenquadrable dintre de cap gènere o subgènere literari dels que estableix la tradició» y concluyendo que, con todo, estamos ante un texto que pertenece a la categoría de «*novel·la breu*». Más enriquecedora, sin embargo, nos parece la aportación de Jordi Redondo (2013), que la sitúa en el ámbito de la narrativa propagandística.

Por otra parte, cuando los investigadores se han cuestionado la originalidad o no del anónimo catalán respecto a la *Historia de Jacobo Xalabín* en el estadio actual, sus planteamientos no han carecido de fundamentos sólidos. Así, la primera cosa que llama la atención, cuando se lee esta novela, es que los personajes principales y «buenos» son turcos y, por tanto, musulmanes, mientras que los cristianos, cuando aparecen, juegan el papel de los «malos», de los que son la causa de la desgracia final de Jacobo y de su padre. Los judíos, como no podía ser de otra manera, también hacen el papel de malvados, pero esta es otra cuestión.

De hecho, conviene destacar que un autor cristiano de finales del siglo XIV, probablemente, no habría tratado nunca a los turcos ni, especialmente, hablado del Jacobo Xalabín de la novela con tanta benignidad y de manera tan claramente panegírica. Los turcos que amenazaban Constantinopla y que acabarían librando numerosas batallas con *Tirante*, en la fantasía caballeresca de Joanot Martorell, no gozaban de buena prensa en nuestras tierras. Habían sido, entre otros, los enemigos de los aragoneses en la *Crònica* de Ramon Muntaner. Y, como musulmanes, eran por tanto los enemigos por excelencia de la Europa medieval y estaban destinados a serlo, también, durante buena parte de la moderna, con episodios tan sonados como la batalla de Lepanto, que tan prolífica fue literariamente hablando. Los turcos, pues, en el siglo XV no podían despertar ninguna simpatía entre los escritores occidentales. Sin embargo, esta cuestión de las simpatías despertadas por aquellos en la narración anónima que nos ocupa, se podría resolver fácilmente diciendo que la misma es una traducción. Aunque, como veremos, la cosa no es tan sencilla como parece. Si fuese así, el autor turco, o cristiano renegado, no habría tratado a los cristianos con tanta indiferencia –o neutralmente, si se quiere. Y todavía menos habría citado, como fuente de autoridad innegable, el Evangelio, en su obra, cuando, por otra parte, no aparece ningún versículo del Corán. Todos estos datos, no son fáciles de explicar, y, al contrario, aportan poca luz para solucionar definitivamente quién fue el posible autor –al menos, su origen o su filiación religiosa– e, incluso, para poder saber alguna cosa más sobre la génesis y la elaboración de la novela, ya que añaden una cierta incongruencia, aunque sea en aspectos secundarios. Sin embargo, contemplando el producto final desde la óptica de Redondo (2013), se pueden entender perfectamente estas conjugaciones de elementos dispares.

Es posible, sin embargo que se pueda avanzar más si nos planteamos el texto como una fusión de materiales diversos, tal como, por otra parte, ya ha sido insinuado por alguno de los investigadores citados hasta ahora. En este sentido, la novela podría ser contemplada a partir de su disección en ciertas partes diferentes que habrían sido fruto de autores muy posiblemente diferentes también. Y así, en primer lugar, una base de la novela habría sido una especie de panfleto literario apologético de interés político, redactado en turco o en cualquier otro idioma de aquella zona –el griego o el árabe–, aunque posiblemente también sería lícito pensar que aquel primer texto base podría haber sido redactado primigeniamente incluso en catalán. Esta parte estaría constituida por los capítulos iniciales, una breve sinopsis de la parte sentimental del texto y la parte final, donde se explica la batalla de Kosovo, de la cual, sin embargo, no se nos da el nombre, por extraño que parezca. Un segundo bloque en nuestra novela sería el configurado por aquellos materiales que narran las aventuras de tipo caballeresco y amoroso de Jacobo y de Alí Pachá, y que podrían haber sido redactados en una segunda fase, aprovechando la posible versión más reducida preexistente, pero ya con unas intenciones totalmente diferentes, de carácter ejemplificador o didáctico, alejado, por tanto, del interés cronístico, panfletario o político anterior. Unas intenciones que tal vez eran las mismas o muy semejantes a las que llevaban a un anónimo copista a compilar de la novelita titulada *Historia de la hija del emperador Constantino* –también anónima– y nuestro *Jacobo*, una junto a la otra, en el único manuscrito que no los ha conservado y que, desde nuestro punto de vista, no se han puesto suficientemente en contacto, ya que presentan paralelismos evidentes que, seguramente, podrían aportar más luz sobre estos textos de ubicación «orientalista» –por llamarlos de alguna manera.

Pero, siguiendo con la hipótesis de la posibilidad de la participación de dos manos diversas, cabe destacar que, aunque no pueda ser demostrada, ayudaría a explicar, en parte, la diferencia de criterios respecto al conocimiento más o menos profundo del mundo turco por parte del autor o de los autores y, además, podría colaborar a clarificar las supuestas incoherencias de la estructura del texto. El hecho que al final de la novela aparezca el relato de la batalla de Kosovo y que esto mismo sirva para hacer la apología total de Jacobo, con su «martirio», son cosas que no debemos olvidar, y que obedecería claramente al esquema del panfleto político que se había generado en un primer momento y en un ambiente musulmán. El aspecto de considerar a Bayeceto como un bastardo –un concepto inexistente en la casa real turca, ya que allí sólo contaba la línea masculina–, tal vez se debería poner en contacto con la concepción del segundo autor, de formación cristiana lo más seguro, y donde aquella visión encaja perfectamente, siguiendo los parámetros de la Europa cristiana. Esta segunda mano, con toda probabilidad, habría sido la misma que cita el Evangelio de San Mateo en medio de un mundo turco. Y, con esto, todavía podemos entender que la intervención de dos manos, además, justificaría el hecho que el relato de la batalla final sea acorde a veces con las fuentes turcas y, otras, con las fuentes occidentales.

No obstante, todo esto no pasa de ser meras suposiciones. Un estudio más minucioso, muy probablemente aportaría más luz en la dirección que indicamos. Sin embargo, lo que sí que parece evidente es que nuestra pequeña novela, la que actualmente podemos leer, es el fruto de la unión, al menos, dos estadios diferentes en su redacción. Dos estadios que, si bien no siempre se ajustan totalmente, al final han conseguido una simbiosis que posibilita el fin último del texto. El panfleto inicial no era otra cosa que una historia concreta y personal. Con las amplificaciones que sufre la historia, el autor consigue que ésta se convierta en un relato más «universal». En cierta manera, Jacobo Xalabín, un héroe lejano en el espacio, más o menos próximo en el tiempo, pero, al final, muerto, se convertiría en imagen, en modelo de un caballero justo injustamente castigado

por las circunstancias de la vida, por el devenir de los acontecimientos que parecen implacables ante su persona. La fortuna, cuando todo parece que se ha resuelto, le da la espalda. Una lección moral, tan del gusto de los hombres de la Edad Media, que era el anverso, en ciertos aspectos, de la ya referida *Historia de la hija del emperador Constantino*, el texto que sabemos que acompañaba a nuestro *Jacobo* en el manuscrito que nos lo ha transmitido.

Por otro lado, cabe reseñar que la crítica que ha trabajado sobre el texto de la *Historia de Jacobo Xalabín*, ha estudiado desde diferentes ópticas sus personajes y esto nos permite ahora poder establecer dos grupos claramente diferenciados: aquellos que han sido confirmados como personas reales, de carne y hueso y que vivieron en la Turquía del momento –y, por tanto, «históricos»–, y otros, de los cuales no sabemos nada y que podríamos calificar de simplemente «literarios», aunque podrían identificarse en cualquier momento y de los cuales debemos remarcar, por encima de todo, que no presentan ningún síntoma disonante con el desarrollo de la historia y su contexto, los cuales son, por decirlo brevemente, absolutamente verosímiles y creíbles para el lector del momento y, todavía, para nosotros.

De hecho, a este particular hemos de incidir en cómo la *Historia de Jacobo Xalabín* es una novela construida sobre la red que establecen las aventuras de unos personajes históricos concretos –el caballero Jacobo Xalabín y su amigo inseparable Alí Pachá–, quienes, a pesar de tener un origen parecido, tendrán un final muy diferente: comparten un inicio de aventuras prácticamente trabado desde el principio, desarrollan sus propios ejes narrativos de manera casi paralela y, al final, divergen en la resolución última de sus trayectorias vitales.

Así, el inicio de la novela nos sitúa en la corte turca hacia finales del siglo XIV (capítulos I-IV), con el monarca Murad, casado con una mujer bella y joven Issa Xalabina. Esta dama no tarda en enamorarse de su hijastro Jacobo y esto será el mayor infortunio para aquél y, también, en el fondo, para la propia dama, pues ella misma es infeliz en su desgraciado amor que no se consuma nunca. Un infortunio acelerado por el médico judío Quir Mossé, a quien sólo importa su ascenso social, siendo mostrado así como el prototipo del burócrata cortesano hebreo al servicio de su señor, y sin escrúpulos para obtener los mayores beneficios posibles. Jacobo Xalabín, objetivo amoroso de su madrastra Issa, pronto pasa a ser, también, el objetivo máspreciado para Quir Mossé, que idea su muerte con una estratagema pseudocientífica. Xalabín, sólo gracias a la amistad con Alí Pachá y a la piedad del padre de éste, del mismo nombre, logrará escapar, siendo ayudado por ambos en su huida de la corte. Esta primera parte del texto, donde se conjugan elementos que claramente pueden provenir de tópicos folklóricos y elementos tomados de la realidad de la corte turca, sólo realiza la función de pórtico, siendo el magma, el origen desde donde, finalmente, se precipitarán las aventuras amorosa que acontecerán a Jacobo y a su íntimo amigo Alí Pachá.

Hasta este punto de la trama, los personajes en escena, Jacobo, su padre, Murad y los Alí Pachá, padre e hijo, se encuentran perfectamente documentados. Issa Xalabina y el médico judío, no. Pero aquello que destaca es que son absolutamente creíbles: la dama podría ser una de las esposas del monarca turco, o, si queremos hallar alguna alegoría de tipo político, representar las ambiciones dinásticas de algún grupo de cortesanos; el médico judío no sería tampoco un personaje demasiado extraño en aquella corte, como no lo era, por otra parte, en muchas cortes europeas, a pesar de la poca simpatía que despertaban los hijos de Israel entre los cristianos, como es bien sabido.

Después, cuando empiezan las aventuras de Jacobo Xalabín y de Alí Pachá en Palacia y Setalía (capítulos V-XIV), nos encontramos ante otro tipo de personajes: ni de la doncella Nerguis, ni su padre, el señor de Palacia, ni del señor de Setalía ni de su

hermana sabemos nada. Es decir, no los tenemos documentados históricamente en relación al personaje principal de nuestra *Historia*.... Es muy posible que sencillamente esto se deba atribuir al desconocimiento de los nombres de los investigadores que nos han precedido –y al nuestro propio–, pero también es posible que, en el fondo, sólo fuesen personajes de ficción. De una relativa ficción: porque, ciertamente, aquello que sí sabemos es la relación del imperio turco con aquellos dos estados prácticamente vasallos suyos, Palacia y Setalía, y, por tanto, es perfectamente lícito suponer que un príncipe turco como Jacobo, al verse amenazado por el poder de su padre –tras la estrategia pérfida del médico judío en convivencia con la enamorada despechada–, hubiese huido a tierras amigas y cercanas y que, además le pudiesen ofrecer una mínima protección ante el poder del emperador, llegado el caso. Con todo ello, tratamos de remarcar que los nuevos personajes aparecidos ahora, y las situaciones de esta parte de la novela –la más sentimental o amorosa, sin duda–, son, por tanto, si no rigurosamente históricas, muy verosímiles, y, si no son estrictamente ciertas –documentadas hasta el día de hoy–, es porque los estudiosos no las han confirmado todavía. Sin que ello implique que, necesariamente, debiesen ocurrir tal como nos las trasmite nuestra novelita. En esta misma parte debemos comentar, además, el retorno de Jacobo y de su compañero Alí, con sus respectivas esposas a Brusa, capital del imperio turco y lugar donde se había originado el conflicto y donde, por tanto, había arrancado el relato. Su aparentemente fácil reestablecimiento como príncipes y caballeros en prosperidad, destinados a regir el destino de su país, parecía preludiar un final alegre, gozoso. Un final feliz en que los personajes que habían sido la causa de la desgracia de Jacobo y de su compañero, la madrastra Xalabina y el médico judío, ya han desaparecido del escenario y dejan el campo libre a los protagonistas, a quienes ya podíamos suponer una vida próspera.

Sin embargo, en la tercera y última parte (capítulos XV-XVII), un golpe inesperado y que se convierte en un elemento sorpresa –a pesar de habernos sido anunciado en el resumen que aparece al principio de la obra–, hace cambiar por completo esta situación: los cristianos atacan las tierras turcas. Para no suplantar, Más de lo que lo hace el autor, el derecho sagrado del lector a descubrir personalmente la trama y su resolución, sólo indicaremos que, superando este ataque por parte de los musulmanes, Bayaceto, hermano «bastardo» de Jacobo y el personaje más siniestro de la novela, trastocará lo que se preveía como un segundo final afortunado que remataba el primero, de características más personales.

En esta última parte, los personajes, además de los ya conocidos, que toman un nuevo protagonismo, Bayaceto –quien ya había aparecido al inicio de la novela fugazmente–, los generales cristianos y los turcos, son rigurosamente ciertos. De igual manera acontece con la batalla desarrollada sobre el papel, que se corresponde perfectamente con aquella matenida en Kosovo, el 1389. Sólo en algún extremo, en opinión de Arseni Pacheco, no se ajustaría del todo a la realidad. Pero, con todo, serían detalles sin demasiada importancia. Y, a pesar de todo, aquello que no se ha documentado o aquello que seguramente se ha manipulado en nuestra versión de la batalla, cae de lleno en el ámbito ya invocado de la más estricta verosimilitud nuevamente. Un aspecto que, como hemos destacado, caracterizaba también los episodios anteriores. El único dato más llamativo, y que debemos considerar ahora, es que no parece nada claro que Bayaceto fuese el asesino de su padre, como afirma nuestro autor. Sin embargo hay corroborados fratricidios y parricidios anteriores con el mismo objeto entre los miembros de la dinastía turca y, sin ir más lejos, Murad, padre de Jacobo y Bayaceto, mató a su hermano Ibrahim para acceder al trono, y, con ello, se institucionalizó dicha práctica.

A la vista de esta configuración totalmente verídica de las aventuras que ocurren alrededor de la figura documentada de Jacobo Xalabín y otros personajes, no parece del

todo inadecuado calificar de «histórica» esta pequeña novela. La verdad es que las aventuras de Jacobo y de Alí Pachá –tanto las documentadas fehacientemente como aquellas otras de las cuales no tenemos testimonios–, se pueden incorporar con total normalidad a la línea de las que eran habituales entre los caballeros del momento: juegos y justas caballerescas, enamoramientos más o menos corteses de doncellas que presentaban dificultades añadidas, participación en batallas, viajes en búsqueda de novedades, aventuras y fama, etc. Prácticamente igual que le ocurre a Tirant –en un texto tan marcadamente realista como el de Martorell– o a Curial, en la no menos verosímil novela anónima. Nuestro Jacobo pues, debemos incluirlo también que entre este grupo de novelas catalanas de características claramente realistas y alejadas de los elementos fantásticos que serán frecuentes en los textos del ciclo artúrico y que serán también muy habituales en los libros de caballerías castellanas coetáneos e inmediatamente posteriores y que tanto exasperaran a Cervantes.

La lectura del *Jacobo Xalabín* pone de relieve, además, unos cuantos aspectos literarios que, a pesar de haber sido destacados anteriormente, merece la pena recordar ahora. En primer lugar el hecho de que el lenguaje y el estilo de nuestra novela se acerca bastante al de las crónicas del momento, un lenguaje que como ha escrito Lola Badia (1982: 20) se correspondería con el nivel literario más «bajo», más próximo a la realidad hablada de una lengua. Y, de hecho, estas particularidades de nuestro texto refuerzan perfectamente otras características que podemos detectar, entre las cuales remarcamos la linialidad de la historia, que avanza monótonamente a partir de oraciones coordinadas y juxtapuestas, con muy pocas subordinadas. Un rasgo que nuevamente nos hace pensar en un registro cronístico, incluso oficial, posiblemente para el estadio en que tuvo su primera plasmación nuestro texto.

El autor, en este registro cronístico y casi oral, donde no debía preocuparse excesivamente por las cuestiones estilísticas, consiguió, además, que su narración tuviera un elevado grado de coherencia –a pesar de la posible intervención de dos manos–, y llegó a dotar su relato de una intencionalidad hasta cierto punto moral, por encima de la misma anécdota concreta, bien sea exaltando la figura de Jacobo, bien sea atacando a Bayaceto, y esto al lado de otra función que no debemos perder de vista en este tipo de novelitas: la de entretener al lector. Hemos de reconocer que el redactor, a pesar de no mostrarse como un escritor especialmente dotado, consigue mantenernos interesados por la historia que nos cuenta, dota a los personajes de una discreta profundidad psicológica –aunque sea con los adjetivos que suelen acompañar al nombre–, y, además, llega a ilustrar la personalidad de los actores de sus escenas a partir, sobre todo, de diálogos, que presentan una buena dosis de coloración coloquial y nada afectada, lejos cómo del cielo a la tierra de la artificiosidad y el preciosismo de numerosos pasajes dialogados del *Tirante* que triunfaría en aquel mismo siglo, o de los a menudo complicados coloquios del escritor más exitoso en la Valencia de finales del XV, Joan Roís de Corella. La diferencia es obvia: mientras en el *Jacobo Xalabín* aún pesa de manera contundente lo medieval –y no podía ser de otra forma–, en los otros narradores alegados ya se insinúa o se siente con claridad el Renacimiento.

Finalmente, no podemos dejar de comentar la habilidad de nuestro anónimo para ambientar el relato en las tierras exóticas, ya que son lejanas, y cómo esto lo lleva a cabo con tan sólo los elementos mínimos. Unas tierras que, por cierto, y a pesar de todo, se presentan con una personalidad mucho más definida que cuando estos mismos países aparecen en otras obras coetáneas o, incluso, más tardías.

La *Historia de Jacobo Xalabín*, con su forma y su estilo un tanto ingenuos, si se quiere, no deja, sin embargo, de captar a los lectores, todavía en este siglo nuestro. Además, con este sencillo texto, durante el siglo XV se pusieron en contacto oriente y

occidente, el mundo turco y musulmán –que en otros textos será visto como un enemigo–, y el mundo de la Europa occidental, cristiana, que salía de las cruzadas y que no perdía de vista en el horizonte –aunque cada día era más lejano– la idea conquistar los Santos Lugares de Jerusalén. Los otomanos, sin embargo, el 1458 conquistarían para siempre Constantinopla, dando un golpe impactante en la concepción del universo del cristianismo. A pesar de aquel marco bélico de conjunto, la cultura discurrió en ambos sentidos. Aquel hecho, en el fondo, tal vez inspiró otra gran novela en catalán: el *Tirant*, que sería traducido a diferentes lenguas europeas en los siglos siguientes (Martines 2011). En el caso de la *Historia de Jacobo Xalabín*, si hubo traducción del turco o del griego a la lengua catalana –como ha destacado recientemente Redondo (2013)–, y esta traducción funcionó en los territorios de la Corona de Aragón del Quattrocento, al menos esto permitió crear un referente de un héroe turco en un universo cultural cristiano. Ahora, con esta traducción al castellano, *Jacobo Xalabín* participa de nuevo en la aventura de difundirse más allá de sus fronteras propias. Gracias al milagro que supone el trasvase de ideas, de historias, de mundos, de realidades y de ficciones a través de la traducción, tal como ya lo ha hecho anteriormente, por otra parte, en su reciente versión al árabe (2012).

Bibliografía básica

- Badia, Lola (ed.) (1982) *Història de Jacob Xalabín*, Barcelona, Eds. 62.
- Bayo, Juan Carlos & Mehmet Akif Arslan (trads.) *Jacob Xalabín*, Introducció, traducció al turco y notas, *Biblioteca Digital Multilingüe del Mediterráneo-Jacob Xalabín*, ISIC-IVITRA: <http://www.ivitra.ua.es/jacobxalabin.php> [consulta: 3/12/2014]
- Escartí, Vicent J. (1995) «Introducció» a *Història de Jacob Xalabín*. Adaptació de F. Machirant, Alzira, Bromera, pp. 7-19.
- Escrivà, Vicent (1992) «*Jacob Xalabín*: el complex de cultura i el creador», *Miscel·lània Sanchis Guarnier*, Barcelona, PAM, vol. II. pp. 27-39
- Ferrando, Antoni (ed.) (2007) *Curial e Güelfa*, Tolosa, Anacharsis.
- Foulché-Delbosc, R. (ed.) (1906) *Istòria de Jacob Xalabín, fill de l'Amorat, senyor de Turquia*, Vilanova i la Geltrú, Joan Oliva.
http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/volume_25/regular/ehum25.redondo.pdf
- Kacimi, Mourad (trad.) (2012) *Jacob Xalabín*, Alicante, IVITRA/Instituto Egípcio de Estudios Islámicos/Marfil.
- Kacimi, Mourad (trad.) (2012) *Jacob Xalabín*, Presentació y traducció al àrabe de Mourad Kacimi, Prefacio de Elsayed Ibrahim Suheim, Madrid, El Cairo, Institut Egipció de Estudios Islámicos (Embajada de la República Àrabe de El Cairo ante el Reino de España-Consejería Cultural) [Colecció “Clásicos del Mediterráneo”, 1].
- Kacimi, Mourad (trad.) (2012) *Jacob Xalabín*, Introducció, traducció al àrabe y notas [en àrabe] de Mourad Kacimi, revisió de Francisco Franco-Sánchez, *Biblioteca Digital Multilingüe del Mediterráneo-Jacob Xalabín*, ISIC-IVITRA: <http://www.ivitra.ua.es/jacobxalabin.php> [consulta: 3/12/2014]
- Kacimi, Mourad (trad.) (2012) *Jacob Xalabín* Introducció, traducció al àrabe y notas [en lengua española] de Mourad Kacimi, revisió de Francisco Franco-Sánchez, *Biblioteca Digital Multilingüe del Mediterráneo-Jacob Xalabín*, ISIC-IVITRA: <http://www.ivitra.ua.es/jacobxalabin.php> [consulta: 3/12/2014]
- Martines, Vicent (2011) «*Tirant lo Blanch* plurilingüe. De la traducció com a eina per estudiar millor els originals i escampar-ne el coneixement», *Tirant lo Blanch poliglota (1511-2011). Cinc-cents anys de traduccions i estudis*, Gandia, Marfil, pp. 5-13.
- Miquel i Planas, Ramon (ed.) (1909) *Novelari català dels segles XIV al XVIII*, Barcelona, Ramon Miquel i Planas.
- Miquel i Planas, Ramon (ed.) (1910) *Històries d'altre temps. VII. La història de Jacob Xalabín seguida de la de la filla de l'emperador de Constantinoble*, Barcelona, Barnas Mestres i C..
- Pacheco, Arseni (ed.) (1964) *Història de Jacob Xalabín*, Barcelona, Barcino.
- Redondo, Jordi (2013) «El gènere i les fonts de la *Història de Jacob Xalabín*», *eHumanista*, 25, pp. 276-314.
- Ribera Llopis, Joan M. (1990-91) «Interpretació –literària– de la *Història de Jacob Xalabín*», *Llengua & Literatura*, 4, pp. 7-37.
- Ribera Llopis, Juan Miguel (trad.) (2014) *Historia de Jacob Xalabín*, Presentació y Traducció (al español) de Juan Miguel Ribera Llopis, Madrid, Editorial Atenea-Centro de Lingüística Aplicada.
- Riera i Sans, Jaume (1993) «Falsos dels segles XIII, XIV i XV», *Actes del Novè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, Barcelona, PAM, pp. 425-491.
- Riquer, Martí de (1964) *Història de la literatura catalana*, Barcelona, Ariel.

- Solà-Solé, Josep Maria (1977) «La *Història de Jacob Xalabín* i el món àrab», *Catalan Studies. Volume in Memory of Josephine de Boer*, Barcelona, Hispam, pp. 213-222.
- Wheeler, Max (trad.) (en prensa) *Jacob Xalabín*, Introducción, traducción al inglés y notas, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins (Series IVITRA).
- Zdravković, Siniša & Pau Bori (trads.) *Jacob Xalabín*, Introducción, traducción al serbio y notas, *Biblioteca Digital Multilingüe del Mediterráneo-Jacob Xalabín*, ISIC-IVITRA: <http://www.ivitra.ua.es/jacobxalabin.php> [consulta: 3/12/2014]

HISTORIA DE JACOBO XALABÍN

Traducción de Joan V. Fuertes Zapata*
(Universitat de València / Universitat d'Alacant)

* La presente traducción toma como texto base la edición crítica de Arseni Pacheco (1964). Parte, por otro lado, de una primera versión elaborada por V. J. Escartí y M. J. Borràs, el 1989, inédita.

Aquí empieza la historia de Jacobo Xalabín, hijo del emperador, señor de Turquía, donde se explican las aventuras que le acontecieron en su vida y cómo y de qué manera acabó sus días en manos de Bayaceto, su hermano bastardo, quien del mismo modo mató a su padre, según oiréis.

Capítulo I

Debéis saber, porque es cosa notable, que en el año de nuestro Señor 1387, por donde estaba edificada Troya, se hallan las pártidas de Oriente que ahora llamamos Turquía, que eran gobernadas por el emperador turco. Este emperador, de nombre Murad, reinaba con gran prosperidad en una gran ciudad llamada Brusa. Tenía dos hijos varones: uno legítimo y otro bastardo. A este último, de nombre Bayaceto, lo hacía estar en la frontera del Gran Caramán, mientras que a su otro hijo, de nombre Jacobo Xalabín, el legítimo, siempre lo tenía en su ciudad de Brusa, donde siempre le mostraba su afecto, teniéndolo como se merecen los grandes señores, deleitándose en la caza con gran placer.¹

Y este emperador tenía una mujer, madrastra de Jacobo Xalabín, que era muy joven y del linaje de los griegos, a la cual llamaban Issa Xalabina, que siempre estaba en grandes fiestas y divirtiéndose como les corresponde a las señoras de gran estamento.

Y ésta, cada día llamaba y hacía venir ante ella a su hijastro Jacobo Xalabín, un hombre bello y agraciado, de 22 años, cubierto de todas las bondades posibles. Por esto, tanto le gustaba a Issa Xalabina, que no podía estar más de un cuarto de hora sin tenerlo delante, que lo hacía venir.

Así pues un día, mientras ella estaba en su estancia sin ninguna otra compañía que la de Jacobo Xalabín, su hijastro, impulsada por un amor que no podía sufrir más, puesto que creía morir, desesperada y aborreciendo a su señor y marido, al que no amaba, se levantó con los brazos extendidos, abrazando y besando apasionadamente a su hijastro mientras le decía:

–¡Oh, amigo, moriré si no cumplís mi voluntad!–

Y mientras ésta le abrazaba y besaba desordenadamente, sin dejarle ir, no acordándose del amor de su marido, que mucho la quería, su hijastro no supo qué decirle ni qué hacer, por lo cual, de bellamente y con mucha dulzura, le dijo:

–Dulce madre, yo soy esclavo y sirviente vuestro, y así estoy dispuesto a servir y a cumplir todo lo que a vuestra señoría plazca. Y no sólo en esto, sino en todo lo que me pidáis.

Y ella, viendo una respuesta tan cortés por su parte, perdió las fuerzas en todo su cuerpo y se le alborozó el ánimo, pues veía cumplir sus deseos.

Jacobo Xalabín, viendo la mala voluntad desordenada de su madrastra, de inmediato, como era una persona muy discreta y sabia, se deshizo de ella y salió del cuarto y llamó a su gran compañero Alí Pachá, a quien quería mucho, como también éste a él. Alí Pachá era un hombre joven, de 24 años, muy gracioso y sabio, hijo de un prohombre llamado también Alí Pachá, gobernador y consejero mayor del emperador. Y Jacobo Xalabín sentía tanta estima por este joven que ambos no se podían separar ni cuando iban a comer ni a beber ni a dormir, sino que siempre estaban juntos en casa del noble Alí Pachá, padre del joven.

Y habiendo llamado a su amigo Alí Pachá, éste le dijo que le siguiese; y salieron del palacio para ir a casa de Alí Pachá, donde tenían por costumbre comer y dormir. Tomaron sus halcones y sus perros y se fueron de la ciudad para cazar, como hacían muchas veces; y estuvieron tanto tiempo que se hizo de noche. Al día siguiente, por la mañana, se

¹ Fragmento oscuro que hemos interpretado para facilitar su lectura.

levantaron y también se fueron a cazar. Y esto lo hacía Jacobo Xalabín para alejarse de su madrastra, a quien veía enloquecida y desvergonzada. Porque él, como corresponde a un hijo, como quería guardar el honor de su padre, se alejaba de ella tanto como podía. Mas, Issa Xalabina, al ver que su hijastro no venía tanto como solía, le envió un mensajero para hacerlo venir; y éste jamás le encontraba, porque Jacobo Xalabín, nada más levantarse, se iba a cazar y no regresaba hasta la noche. La madrastra, viendo esto, pensó que él le huía y se dijo a sí misma: «¡Ay de este traidor desleal que yo tanto quería! ¿Así huye de mí?»

Y se ocultaba, porque temía que el corazón se le partiese. Y pensando que no podía dar ningún remedio a su voluntad, perdió las ganas de comer y de dormir: tanto fue así, que enfermó de disgusto y de ira. El emperador, su esposo, viendo a la mujer que él tanto amaba sumida en una enfermedad tan grave, sintió el mayor dolor del mundo, y le dijo:

–¡Ay, bella mujer, esposa mía! ¿Qué os pasa y qué es esto?

Y ella le respondió que verdaderamente estaba muerta. Y el marido, no sabiendo qué hacer con su esposa, a la que él tanto quería, hizo venir urgentemente médicos de todas partes, diciéndoles:

–Maestros, examinad bien a mi esposa y su enfermedad y haced que le vuelva la salud. Y pensad en pedir oro y plata, que yo os daré tanta como queráis.– Y bien que podía hacerlo.

Cuando los médicos examinaron a la mujer y su orina, y la tocaron, no encontraron ninguna enfermedad en ella, antes bien, estaban muy maravillados y dijeron:

–Verdaderamente, señor, nosotros no conocemos ni hemos encontrado el mal que tiene esta mujer.–

El emperador, al oír estas palabras, casi perdió el juicio y dijo:

–¡Oh, maestros! Vosotros que sois tan solemnes y sabios, ¿cómo puede ser que no conozcáis el mal de esta mujer?–

Y ellos le respondieron que no le reconocían ninguna enfermedad. Por lo que, el emperador, preocupado por su mujer, envió sus mensajeros al emperador de Constantinopla y al gobernador de los venecianos, diciéndole al emperador que pregonase por su tierra que todos los médicos que allí habitaban acudieran a la ciudad de Brusa, prometiéndoles grandes recompensas si curaban a su esposa. Lo mismo pedía al gobernador de los venecianos, que debía enviar mensajeros a Venecia por la misma razón: que si había algún médico bueno, acudiese ante él.

Cuando los mensajeros llegaron a Constantinopla, el emperador ordenó hacer pregón, para que todos cuantos hombres supieran de arte de medicina acudiesen, bajo pena corporal y de bienes, a la ciudad de Brusa. Y, de la misma forma, el gobernador de los venecianos envió un gripo armado a Venecia y se hizo el mismo pregón de parte del Común de la ciudad, pidiendo a los médicos que por honor del emperador debían ir a Brusa, ya que si podían curar a su esposa obtendrían grandes recompensas, además de sus honorarios.

Como en todas estas partes fue hecho el bando, muchos médicos doctos llegaron a la ciudad de Brusa y, viendo a la mujer con gran sufrimiento yacer en su cama, la miraron y tocaron, y examinaron sus aguas, sin que ninguno de ellos conociese ni supiese de qué mal adolecía.

El emperador, ante esto, se conmovió y se angustió viendo el triste estado de su esposa; y los médicos le dijeron:

–Señor, no existe ningún remedio en el mundo que le podamos dar.

Y la mujer, que no deseaba sino la muerte, porque no podía cumplir su voluntad, no comía ni bebía, sino que cada día se aproximaba más a la muerte.

Pero ocurrió que, entre los médicos, vino un médico judío nacido en Constantinopla llamado Quir Mossé. Éste era un hombre muy sutil, agudo y experto; y como es bien sabido que en los judíos existe siempre intención de traición, falsedad y baratería, y éste era uno de aquellos en que gran baratería abundaba, cuando estuvo delante de doña Issa Xalabina, la miró y observó su orina una, dos y tres veces, pero no pudo saber el mal de la mujer, y pensó y se dijo que no hay ninguna persona en el mundo que sepa más de sus males que ella misma. Y, así pensó descubrirlo mediante palabrería y la interrogó, diciéndole, mientras sonreía:

–Señora, yo conozco el mal que os aflige y os sanaré si mucho me lo agradecéis.–

Y la loca mujer, con el corazón exaltado, no guardando lógica en sus actos, al oír las palabras del médico judío se incorporó y, sentándose en la cama donde yacía, le miró y le dijo:

–¡Oh, médico, ya te daría todo lo que pidieses, si me ayudases en mis grandes angustias!–

Y el judío, viendo a la mujer y conociendo sus intenciones, le dijo:

–Señora, tened esperanza. Yo seré aquel que os sanará y os ayudará en vuestras necesidades.–

La mujer, oyendo aquellas palabras del médico judío y pensando que él lo sabía todo, suspiró y le dijo:

–Maestro, sabed que si no consigo el amor de mi hijastro Jacobo Xalabín, sin duda, moriré.–

El judío, escuchando semejantes palabras, le dijo:

–Señora, tened esperanza, porque yo seré quien en breve tiempo cumpliré vuestro deseo.–

Entonces, la loca mujer, sólo con oír hablar al médico, empezó a tranquilizarse y a sentir una gran esperanza, e hizo rápidamente ordenar que se diese mucho oro y plata al judío. De manera que, en la corte, Quir Mossé consiguió estar por delante de los demás médicos, a los que el emperador prontamente despidió, viendo que su esposa se encontraba un poco mejor que antes. Y, preguntando al médico judío, éste le contestó:

–Señor, tened esperanza. Con la ayuda de Dios, yo la sanaré.

Y el emperador, que mucho la quería, se alegró cuando oyó las palabras del judío, mandando así a su tesorero y a todos sus hombres y oficiales que todo aquello que Quir Mossé pidiese, le fuese dado. ¡Hubiéseis visto al judío convertido en gran señor y alcanzar gran estado, puesto que poseía todo lo que quería!

¿Y qué hizo este traidor? Acostumbrado como estaba a la falsedad, maquinó llegar a gran amistad con Jacobo Xalabín, de forma que cuando fuese amigo suyo, haría todo lo que la madrastra deseaba. Y poco a poco, hoy le daba un bello caballo y mañana una joya, y primero una cosa y después otra, trabando una amistad tan grande que todo el día estaban juntos; tanto que, cuando el judío consiguió más confianza, le dijo un día:

–¡Oh, señor! Una cuestión quiero preguntaros.–

–¿Y, cuál es, maestro?– dijo Jacobo Xalabín.

–Yo, señor, –dijo Quir Mossé–, os lo diré. Hay un hombre que, haciendo poco, puede restaurar una vida; y no lo hace, sino que, al contrario, la deja morir y no le ayuda. Este tal, ¿peca o no?–

El hijo del emperador respondió:

–¿Temes que peque? Sí, y más aún: debería morir, si él puede salvar de la muerte a otro, sin dañarse ni perjudicarse a él mismo.

–A fe mía, señor– dijo el judío–, habéis dicho una gran verdad. Tenéis que saber que vos sois aquel que a la más noble y excelente criatura del mundo dejáis morir y languidecer.

–¿Cómo, yo? –dijo el hijo del emperador.– ¿Alguien muere por mi culpa?

–Sí, cierto, señor –dijo el judío–: la señora Issa Xalabina muere y nada en el mundo puede evitarlo, sino solamente vos, señor. Cometéis, pues, un gran pecado, si no le ayudáis, ya que nadie en el mundo lo sabe sino ella y vos.–

Cuando Jacobo Xalabín oyó estas palabras, se acordó de su madrastra y respondió:

–¿Qué? ¡Perro, hijo de perro! ¡Vete y aléjate de mí y nunca más aparezcas donde yo pueda verte! Sepas que si alguna vez te encuentro, te haré comer por perros. ¿Cómo, perro, hijo de perro, osas decir estas palabras de mi madrastra? ¿Qué padre habrá en el mundo que pueda confiar en su hijo? ¿Y qué hijo habrá en el mundo que sea tan desleal y tan malvado que haga semejante cosa, la albergue en su corazón o la piense? ¿En quién podrán confiar las gentes del mundo, y sobre todo los padres, si no pueden fiarse de sus hijos? ¡Oh, traidor malvado, lleno de malicia! Aléjate de mí y desaparece de mi presencia.–

El judío, oyendo sus palabras, se alejó lleno de confusión, yendo al palacio donde la mujer yacía, y entró en sus aposentos como si se le debiese gran honor. Al entrar, la mujer, viéndole, se alegró y tuvo gran placer, porque albergaba la esperanza de ver cumplida su loca voluntad. Así que, incorporándose, le dijo:

–Así pues, maestro, ¿se cumplirá mi deseo?–

Y el judío, refunfuñando y de mal talante, le respondió:

–Señora, no hay ningún remedio en el mundo que se pueda obtener: no os podéis alegrar de las noticias que traigo de Jacobo Xalabín.–

–¡Cómo, maestro! –dijo la mujer– ¿Cuál es el consuelo y la esperanza que me daréis y yo espero de vos, si así están las cosas y no hay remedio en el mundo que se me pueda dar?–

Y la desgraciada mujer, empecinada en su malvada voluntad, viendo que de aquél no se podía obtener el remedio, creyó enloquecer y, apoyando su cabeza sobre las delectables almohadas que tenía en el lecho, como a semejante señora correspondía, empezó a decir: –¡Ya sé qué será de mí desde hoy y no hay nada en el mundo que me pueda librar de la muerte! ¡Ay, maestro! ¿Cómo no me dijisteis estas palabras el primer día en que os conocí? Si lo hubieseis hecho, ahora no estaría sumida en este dolor. ¡Oh muerte! ¿Cómo no vinisteis el primer día? ¡Oh muerte! Te ruego que no me hagas sufrir. Ven, pues cada día me parece un año.–

Mientras hacía la muy noble mujer este duelo, entró en la alcoba el emperador, marido y señor suyo, preocupado por la que tanto amaba. Y viéndola así yacer y con tan mal semblante, poco faltó para que enloqueciera, diciéndole al maestro Quir Mossé:

–¿Y dónde está vuestra ciencia? ¿Dónde está vuestra medicina? ¿Y qué significa esto, que salud no se puede encontrar para mi esposa?–

Y eso decía por el gran amor que le profesaba, no pensando ni imaginando el loco y desordenado deseo que en ella habitaba, sino que, amándola de todo corazón, como corresponde entre marido y mujer, mucho se compadecía de su aflicción.

¡Oh! Cuando el malvado judío vio al emperador descompuesto y preocupado por su esposa, a la que veía aproximándose a la muerte, ved qué cruel y horrible pensamiento maquinó.

El malvado traidor judío pensó y se dijo: «He caído en desgracia ante Jacobo Xalabín, y por miedo a él no osaría quedarme aquí. Pues yo ahora soy gran señor, teniendo cuanto quiero, conviene que tome cualquier resolución que me permita estar y perseverar en la prosperidad y, asimismo, conviene que recupere la salud de esta mujer». Y así pensó aconsejar a la mujer que hiciese matar a Jacobo Xalabín, de forma y manera que, una vez muerto el hijo del emperador, ya no habría de temer a nadie, y después de que la mujer supiese que aquel habría muerto, el amor abandonaría su corazón. Y recién lo hubo pensado, se acercó a la mujer y le dijo

–Señora, estos son los hechos: vos morís y, si os queréis, podéis restableceros.–

–¿Cómo –dijo la mujer– puedes decirme eso? No hay nada en el mundo que me pueda apartar de la muerte.–

Dijo el judío:

–Si os queréis, haréis así como yo os diré. No hay nada en el mundo que haga salir el amor de vuestro corazón, sino sólo la muerte. Tenéis que saber que si Jacobo Xalabán muere, vos, al punto, sanaréis. Y ved si no es mejor que muera él que no vos, que sois tan notable dama, aquella de quien depende toda esta provincia y a quien el señor emperador ama más que a sí mismo. Y, entonces, señora, daros consuelo y pensad en esta solución.– Así que cuando la señora oyó tales palabras pronunciadas en voz alta por Quir Mossé, ella, que tenía el corazón muy frívolo, dando fe al judío, respondió que bueno sería que su hijastro muriese. Pero dijo la mujer:

–¿En qué forma se podría hacer?–

El judío le respondió:

–Señora, dejadme hacer a mí.–

Y, preparado, el judío se dirigió al emperador, que no estaba muy lejos de la estancia, y le dijo, mostrándose muy triste:

–Señor, vengo a despedirme de vos, pues he de marchar.–

Por lo que, cuando el emperador oyó estas palabras del médico judío, en quien confiaba para sanar a su esposa, dijo:

–¿Cómo, maestro! ¿Qué es esto? ¿Este es el consuelo que ibais a darme sanando a mi esposa?–

–Señor –dijo el judío–, no hay nada que pueda hacer que la señora escape de la muerte.–

–¿Oh, maestro! –dijo el emperador– ¿Tan doloroso es esto? Ahora conozco que nuestro Señor me quiere mal y me ha de castigar, pues en verdad mis días están contados si muere ésta a quien tanto amo. ¡Oh, maestro!, te ruego que me digas qué desventurado mal es éste, que no puede tener remedio.–

–Señor –dijo el judío–, esta enfermedad que vuestra esposa tiene es un muy extraño mal engendrado dentro del cuerpo y llamado «chamcha»,² el cual, señor, vos mismo le habéis engendrado.

–¿Cómo, yo? –dijo el emperador–. No puede ser

–Señor –dijo el judío–, verdad digo, y si no es así, quiero que me arranquéis la lengua. Pues la mujer, al acostarse con vos y vos con ella, por exceso de amor que os tiene, ha concebido y engendrado dentro de sí el mal que padece.–

Y el emperador, como amaba tanto a su mujer, al oír estas palabras, creyó enloquecer y dijo:

–Entonces, maestro, ¿no puede dársele ningún remedio a este mal?–

–No, señor –dijo el judío–, sino tan solamente uno.

Y dijo el emperador:

–Te ruego que me lo digas–

–Señor –dijo el judío–, yo bien que os lo diría, más gran pavor tengo de vos.

–¿Y cómo, maestro? –dijo el emperador–. Decid aquello que queráis.–

–Señor, merced os pido –dijo el judío–, por lo que os diré. En verdad, señor, no hay nada en el mundo que pueda restablecer a esta mujer sino una sola cosa. Esto es, vuestro hígado o el de vuestro hijo, que el vuestro y el suyo son sólo uno. Y desde que conocí el mal, pues hace ya tiempo que lo descubrí, intentaba remediarlo con algunas medicinas; por eso no lo había querido decir. Así que señor, vengo a despedirme de vos y os digo la verdad. Y si no es así como os digo, cortadme la cabeza. Por eso, señor, imploro vuestra merced.–

² Esta palabra parece que es de origen turco, aunque no queda claro su significado (Redondo 2013: 297).

El emperador, oyendo hablar así al judío, entró en sus aposentos y comenzó a lamentarse, recordando las palabras que el traidor del judío le había dicho. Y al pensar en su mujer y en su primogénito, a quienes tanto amaba, deliberó que no hay cosa más alta en el mundo que el amor entre dos que se aman, pues cosa cierta es lo que dice San Mateo en su evangelio: «Padre, madre e hijo dejarás por tu compañera». Y este necio señor emperador fue uno de los que pensó y creyó que antes debía hacer matar a su hijo Jacobo Xalabín, para restablecer a su esposa, que dejarla morir. Por lo que de inmediato llamó a un mensajero y le dijo:

–Hacedme venir a Alí Pachá, nuestro gobernador.–

El mensajero fue a decir a Alí Pachá que el señor le requería presto, y rápidamente, éste fue a su presencia, y cuando no hubo nadie en el aposento, le dijo

–Te ruego que hagas aquello que te pediré.–

Y Alí Pachá, oyendo así rogar al emperador, se arrodilló y le dijo:

–¡Oh, señor! ¿Cómo puede ser que vos me roguéis? ¿No sabéis acaso que siempre he sido obediente a vuestras órdenes? Entonces, señor, ¿cómo podéis rogarme a mí? Pensad en mandar, señor, todo aquello que os plazca, pues vuestro esclavo y siervo soy.–

No sabía él, sin embargo, qué orden iba a recibir, según que veréis.

Capítulo II. *Cómo el emperador mandó a Alí Pachá que matase a su hijo Jacobo Xalabín*

El emperador, que parecía estar fuera de sus cabales, fingiendo, dijo a Alí Pachá:

–Vete y mata a mi hijo Jacobo Xalabín y después ábrelo y tráeme su hígado. Y pronto. No me contradigas, por favor. Hazlo ya.–

Por eso podemos decir: hombre sin sesos y sin discreción, ¿con qué entrañas podían imaginarse tales cosas y con qué labios se podían pronunciar tales palabras? ¿Qué hijos habrán que puedan fiar en hombre alguno, si en su padre no confían? Pues si este padre que tenía hijo tan agraciado, su primogénito, consistiese su muerte, ¡Oh!, qué cruel cosa sería que tan sólo por curar a una mujer permitiese tan horrendo crimen.³ Pero como amor, según se ha dicho, le obligaba, se vio forzado a ordenar aquello a su gobernador Ali Pachá. Y éste, oyendo la cruel orden que su señor le había dirigido, por poco no se desvaneció ante él. Sin embargo, viendo que así insistía el emperador, salió de la estancia, creyendo que su señor había enloquecido. Cabalgó y llegó a su casa y, entrando en su alcoba, se encerró; y allí lloró muy desconsolado todo el día, no queriendo comer ni beber, pensando tan sólo en las palabras del emperador y diciendo: «No puede ser que mi señor no haya enloquecido, si ordena matar a este tan dulce doncel amado por todos, en el cual se encuentran todas las bondades y se encuentra la gentileza. ¿Qué puede ser esto y qué quiere decir?». Y mientras esto pensaba, se arrojó al suelo y salieron abundantes lágrimas de sus ojos. De esta forma pasó todo el día y la noche siguiente. Se compadecía también su hijo, que era gran amigo y compañero de Jacobo Xalabín, con quien tenía gran relación. Al amanecer, el emperador, preocupado por ver cumplida su abominable voluntad, envió un mensajero a Alí Pachá para que acudiese ante él. Éste se lo encontró llorando y le dijo:

–Mi señor me envía a vos para que vayáis a verle.–

Y Alí Pachá fue a servir a su señor y, confiando que las palabras del día anterior no fuesen definitivas, se presentó ante el emperador. Y éste, al verle, le dijo

–Alí, ¿has cumplido aquello que te ordené?–

Entonces, Alí Pachá palideció y dijo

–Señor, no.–

³ Hemos variado la puntuación de A. Pacheco por considerar que ésta es más coherente.

El emperador le repitió

–Hazlo, por favor, y no me digas nada.–

Y Alí Pachá, que vio ordenar con firmeza una cosa tan cruel, volvió a su casa llorando desconsoladamente. Y después de pensarlo mucho, pensó que le valía más ejecutar la orden de su señor que caer en desgracia. Así pues, buscó la forma de matar a Jacobo Xalabín.

Capítulo III. *Cómo Alí Pachá pensó de qué forma mataría a Jacobo Xalabín*

Debéis saber que Jacobo Xalabín era un hombre tan agraciado y tan colmado de bellezas y perfecciones que era gran maravilla. Y tenía de edad unos 26 años⁴ y su vida era cazar, cabalgar, danzar y saltar haciendo muchas gentilezas, tal como corresponde a un hijo de un gran señor. Y porque es usanza que un hombre deposite su estima en el otro, especialmente si es joven, Jacobo Xalabín estimaba a Alí Pachá, hijo del gobernador, que era joven de 25 años, no muy alto, más sabio y discreto en sus hechos. Y ambos se estimaban así, cordialmente –y no ha de maravillarnos ya que se habían criado juntos desde la infancia–, de forma que uno no comía sin el otro, ya que eran jóvenes y francos. Y aquel día, después de haber comido, saltaron e hicieron sus ejercicios y se deportaron. Después, entraron en su estancia, así como solían a la hora de la siesta, y reposaron en el lecho confortable y, quitándose todas sus vestiduras, excepto las camisas, se acostaron para dormir.

El padre de Alí Pachá, pensando y repensando de qué forma mataría al hijo del emperador, sabiendo que todos los días, a la hora de la siesta, los dos dormían juntos, esperó un poco para que se durmieran y, llevando una daga en la mano, entró en la estancia, que estaba abierta, pues de día nunca acostumbraban a cerrarla.

Y, pálido, entró en la alcoba, donde su hijo Alí Pachá estaba echado boca arriba, que no dormía, pero Jacobo Xalabín sí. Cuando Alí Pachá vió entrar a su padre arremangado y mudado de color, y con la daga en la mano, saltó de la cama y le dijo:

–¿Qué es esto que queréis hacer?

Y Alí Pachá dijo:

–Nada digas, hijo. Tienes que saber que es orden de mi señor degollar a Jacobo Xalabín y llevarle su hígado.–

¡Oh, que amargas y crueles y horribles palabras fueron éstas que tan fiel y caro compañero oyó sobre su señor y amigo! Dijo, entonces:

–Querido padre, ¡no lo hagáis por nada!–

–¿Cómo? –dijo el padre– ¿Qué haré, pues?–

–Yo os lo diré –contestó el hijo–. ¿El señor ordena que le llevéis su hígado?–

–Sí –dijo el padre–.

–Si así es, padre, salid al vergel, tomad una cierva, matadla y sacadle el hígado y decid que es de Jacobo Xalabín, pues no hay en el mundo hombre alguno que los diferencie. Y mientras, yo despertaré a Jacobo Xalabín, cabalgaremos y nos iremos por el mundo, que jamás seremos reconocidos ni vendremos a esta tierra, y nadie sabrá nada de nosotros hasta que Dios lo quiera.–

Y el prohombre Alí Pachá, escuchando el consejo que su hijo le daba, pensó que era bueno. Así pues bajó a su vergel y, tomando una hermosa cierva, le sacó el hígado y, aún caliente, lo llevó al palacio del emperador, que lo estaba esperando. Y haciendo una reverencia, le dijo

–Señor, merced. Aquí tenéis el hígado de Jacobo Xalabín, vuestro hijo.–

⁴ El cambio de edad puede referirse en el primer caso a la fecha de la circuncisión, y en éste, a la edad verdadera o aproximada, como ya apuntaba A. Pacheco (1964).

El emperador, al ver el hígado, lo tomó con sus propias manos y lo llevó a la estancia donde su mujer yacía y donde el médico judío estaba también esperando. Y dijo

–Maestro, aquí tenéis el hígado que me pedísteis.–

El judío, viendo el hígado, preguntó

–Señor, ¿es éste el hígado de Jacobo Xalabín?

–Sí –dijo el emperador–

–Aseguraos, señor, de que sea el de vuestro propio hijo, pues si no es así, sería peligroso.–
Y el emperador respondió:

–¡Por Dios! Maestro, ¿no me creéis?–

Entonces el judío, lleno de malicia, demostró y dio a entender que haría medicina del hígado y lo daría a comer a la mujer. Entró en la estancia donde ésta yacía e hizo salir a todos. Luego, se acercó a la mujer, que estaba acostada y le dijo

–Señora, en verdad debéis alegraros, ya que tenéis aquí el hígado de Jacobo Xalabín, a quien ha hecho matar vuestro señor, el emperador.–

La mujer, sin ninguna discreción, dando fe a las palabras que el judío había dicho y viendo el hígado de Jacobo Xalabín, pensó que aquel tan gran deseo que ella albergaba en su corazón, no podría verse satisfecho; y, sabiendo que la muerte es lo único que separa dos amores, creyó desde aquel día que ya no debía esperar nada. Y respondió al judío

–Maestro, lo que está hecho, hecho está.

Y se consoló muy rápido.

El judío, al ver esto, encargó diversas viandas de las que él sabía para que la mujer tuviese apetito y se restableciese. Y la mujer recobró pronto la salud, de lo cual, el emperador se alegró y tuvo gran gozo y consuelo, pues mucho la amaba. Y fue el judío Mossé un gran maestro.

Capítulo IV. *Cómo Jacobo Xalabín y Alí Pachá huyeron de la corte del emperador*

Y es por esto que, los hombres de este mundo que son perseguidos con artimañas que se hacen contra ellos, no deben desesperar de la gracia y la misericordia de Dios, ya que él y nadie más puede dar abundancia de bienes a los suyos. Y porque a Jacobo Xalabín, según habéis oído, el malvado judío había tratado de hacerlo morir, lo cual no quería nuestro Señor, sino que puso en el corazón del joven Alí Pachá la idea de matar una cierva, en aquel mismo instante, Alí Pachá despertó a su señor y compañero Jacobo Xalabín, diciéndole:

–Señor, cabalguemos en seguida y partamos de esta tierra, pues sabed que vuestra madrastra busca el medio de haceros matar y mi padre, desde ya hace dos días, tiene orden de mataros de parte del emperador, vuestro padre.–

Por lo cual, cuando Jacobo Xalabín oyó decir estas palabras a su compañero, dijo:

–Pues que así es, huyamos rápido.–

¡Oh, discreto hombre, y paciencia de éste, que era primogénito de todo el reino, agraciado y estimado por las gentes! Sabiendo que, por no cumplir la mala voluntad de la madrastra, ella urdía su muerte, él no quiso divulgar semejante historia, sino que la tuvo en gran secreto y decidió dejar todo el reino y marcharse por el mundo como indigente, sufriendo humillaciones, o allá donde la aventura le condujese. ¡Oh, hombre lleno de perfecta caridad! ¿Cómo consentiste dejar tu reino y tu gran señorío y te sometiste al enemigo que intentaba matarte? ¡El verdadero Dios, que conoce y ve todas estas cosas, te dé galardón y te lo conserve!

Y habiendo deliberado Jacobo Xalabín, con su compañero Alí Pachá, partir de la ciudad de Brusa, tomaron dos buenos palafrenes, pues tenían de los mejores, y también sus joyas

y sus tesoros, que poseían en abundancia, y, así, cabalgaron y salieron de la ciudad de Brusa, disfrazados para que nadie les conociese.

Cuando hubieron cabalgado un tramo fuera de los muros de la ciudad, acordaron tomar la vía de Palacia y, a continuación, de Setalía, para ir a Siria, en la tierra del Soldán⁵, de manera que nunca jamás fuesen conocidos.

Y no habían cabalgado más de seis días, cuando se hallaron en la tierra de un señor turco que se llamaba Sarukán, en el castillo de Policasio, donde hicieron noche. Y por la mañana, no habrían cabalgado aún quince millas, se encontraron en un bosque muy frondoso, donde les salieron ladrones de mala vida que les robaron hasta las camisas, y ya hicieron bastante pudiendo salvar sus vidas.

Al verse Jacobo Xalabín y su compañero así despojados de sus pertenencias, podéis imaginar qué gran dolor sentían, que ellos, hombres tan gentiles que habían vivido en gran opulencia, se encontraban descalzos y desnudos y se veían forzados a ir a pie. Y sus pies, que eran tan delicados que solo estaban acostumbrados a posarse sobre estribos dorados, caminando únicamente por placer, ahora no tenían más remedio que ir sobre piedras cortantes y agudas. ¡Oh, qué compasión de éste, que era gran señor y quiso someterse a sufrir tal humillación!

Y viéndose así desbaratados, se consolaron y lo tomaron con paciencia, como mejor pudieron. Empezaron, pues, a caminar, mendigando, cuando estaban en alguna población, por amor de Dios. Así pudieron encontrar bastante para comer. Y tanto caminaron, que llegaron a una ciudad llamada Palacia.

Llegados allí, fueron a casa de una noble mujer, ya anciana, a quien rogaron que les acogiese por amor de Dios. Y como la mujer vio que estos dos jóvenes tenían aspecto de caminantes, desnudos y despojados, les dijo que los albergaría con agrado. Cuando ya estaban dentro de la casa, la mujer encendió el fuego, pues pensaba que tenían más frío que calor, ya que no tenían más que sus camisas. Y habiendo encendido el fuego, se acercaron, y la mujer les dio pan, uva y leche. Y comieron de todo cuanto tenía y, cuando vino la noche, durmieron. A la mañana siguiente, Alí Pachá le dijo a su compañero:

–Compañón– y le llamó así, y no señor, para que nadie se diese cuenta de quien era–, yo iré por la ciudad pidiendo limosna para que tengamos qué comer.–

Y dijo Jacobo Xalabín:

–Espera, que quiero ir contigo.

–En verdad –dijo Alí Pachá–, no lo haréis; quedaos aquí

–Ciertamente–dijo Jacobo Xalabín–, sí lo haré.–

¡Oh bondad de hombre, que no quería tener ventaja, sino ser igual a su compañero en la miseria e ir pidiendo por amor de Dios! Así que Alí Pachá recorrió la ciudad, no queriendo que Jacobo Xalabín le acompañase; y gracias a Dios –que no hace sino el bien– pronto encontró mucho dinero, que le dieron por amor de Dios; y después fue al mercado y compró pan, leche y fruta. Y regresó a la casa y dijo:

–Compañón, ved aquí este dinero que me han dado por amor de Dios, y ved qué he comprado.–

Y empezaron a comer. Y al día siguiente y aún otro día más, Alí Pachá recorrió la ciudad hasta que encontró mucho dinero de aquella moneda; así que se compraron sendas vestiduras de algodón. Y aunque sólo estaban acostumbrados a paños de oro y seda, entonces, se sintieron felices de tenerlos de algodón. Y cuando Jacobo Xalabín, hijo del emperador, se visitó, y Alí Pachá también, recorrieron la ciudad.

Y como eran de noble origen, y esto se veía en sus comportamientos, se fueron y se deportaron en el palacio del señor, donde los caballeros de éste se entrenaban y hacían

⁵ Se refiere a los territorios bajo la soberanía del Sultán de Egipto.

sus proezas; y los dos jóvenes, como estaban acostumbrados, no pudieron evitar tomar parte. Y, en especial, Jacobo era tan valiente y tan hábil que no hubo ningún caballero que le avanzase en torneo ni en todas las demás habilidades. Así que hicieron tantas caballerías, que todos los de la corte estuvieron maravillados. Tanto, que llegó a oídos del señor de aquel lugar, pues le dijeron

–Señor, tenéis que saber que aquí hay dos jóvenes extranjeros que realizan las más extrañas maravillas del mundo; esto es: todo tipo de caballerías. Y en especial uno de ellos.–

Y el señor de Palacia, que oyó esto, los quiso ver, por lo que le fueron llevados a su presencia y les preguntó de dónde eran. Y Jacobo Xalabín respondió con sabiduría y discreción

–Señor, somos hombres que vamos por el mundo buscando nuestra aventura.–

Y el señor, que le oyó hablar de forma tan discreta y llena de perfección, se dijo a sí mismo: «No hay gentileza en el mundo que no sea en éste.» Y haciéndoles gran honor, les rogó que se detuviesen en su corte, que él les daría todo cuanto hubiesen menester.

Y Jacobo Xalabín respondió

–Señor, merced, no hemos venido para quedarnos. Somos hombres viajeros, que por nada nos detendríamos.–

El señor de Palacia, al oír que querían marchar, recordó que estaba esperando a su yerno, que debía venir a tomar a su hija por esposa, y como deseaba ofrecerle un bello recibimiento, pensó que si retenía a estos dos, le adornarían la fiesta y toda su corte sería alabada. Por lo cual, les dijo

–¡Oh bellos amigos!, os ruego y os pido por especial gracia que queráis deteneros aquí, conmigo, hasta que venga mi yerno, a quien ofreceré una bella fiesta, pues debe llevarse a mi hija por esposa. Y teneros en mi corte será un gran honor y placer. Así que os ruego que os quedéis hasta que venga y os daré tanto que os tendréis por satisfechos.

Y Jacobo Xalabín respondió:

–A fe mía, señor, pues que os place y lo queréis, yo y mi compañero estamos dispuestos a seguir vuestra voluntad y a estar aquí tanto como os plazca.–

Tuvo, pues, el señor de Palacia gran gozo y gran placer, y mandó darles sendos bellos caballos y mucho dinero. Y con esto Jacobo Xalabín y Alí Pachá se engalanaron debidamente, así como usaban. Y cada día hacían sus ardidés y sus proezas, dando mucho de qué hablar, tanto de ellos como de sus caballerías.

Y corrió tanto la voz por la tierra, que todo el mundo hablaba de estos dos jóvenes, llegando a oídos de la hija del señor de Palacia, llamada Nerguis, que era muy agraciada y sabía. Al ver ella a Jacobo Xalabín hacer maravillas muchas veces, se enamoró e inclinó su corazón hacia él: tanto que en todo el día no pensaba ni encontraba placer en otra cosa que no fuese en ver a Jacobo Xalabín. Y puso tanto amor y su corazón en él, que no podía ni comer ni beber, ni de día ni de noche, si no le veía; no teniendo ni gozo ni alegría, sino que todo el día andaba con el rostro desconsolado, y tanto, que el corazón no lo pudo soportar puesto que el amor la embargaba.

Y un día dijo a su camarera, que siempre le había servido y en quien mucho confiaba

–Escucha esto, pues no puedo estar sin decírtelo: has de saber que no hay nada en el mundo que yo ame tanto ni tenga en mi corazón como a aquellos dos caballeros que han venido, y sobre todo al mayor. Tienes que saber que haré cuanto pueda para hablar con él y conseguir su amistad y después su amor.–

La camarera, que oyó así hablar a su señora, a quien había criado desde pequeña, queriendo complacer su deseo y su voluntad, le respondió

–Ciertamente, no sé quién es este joven caballero ni cuál es su nombre, pero es tan noble y lleno de valor, según lo que demuestra, que no me maravillo si habéis puesto vuestro amor en él, ya que no hay mujer ni doncella en el mundo que no quisiese amarle.–

Y la señora Nerguis, oyendo tales palabras de su camarera, si antes ya tenía puesto su corazón en Jacobo Xalabín, desde entonces lo tuvo mucho más. Y no pasó mucho tiempo sin que Nerguis llamase a su camarera y le dijese

–Recorre la ciudad secretamente y averigua en qué lugar habitan y duermen.–

Y la camarera, presta a obedecer a su señora, alegremente fue por la ciudad; y no hubo mucho andado que, discretamente, supo dónde posaban los dos jóvenes, descubriendo que se hospedaban en casa de la noble dama, como ya habéis oído. Y al regresar ante su señora, ésta dijo

–Ve allá donde están estos dos caballeros y cuando estés ante él, salúdale de mi parte y dile que le amo muy lealmente dentro de mi corazón; y que yo le suplico que tome este delantal, hecho con mis manos, y que lo lleve por mi amor. Y que no tenga en cuenta el regalo, sino a aquella que se lo envía, que ha inclinado su corazón hacia él. Y, después, dime todo cuanto te dirá.–

La camarera, cumpliendo la orden de su señora, fue allá donde posaba el hijo del emperador, encontrándole en su casa, con su compañero, y le dijo

–Bello amigo, Dios te salve. Mi señora Nerguis me envía a ti, saludándote tanto como sabe. Y te suplica, como don especial, que tomes este delantal que te envía. Y dice que no repares en lo que te regala, sino en el buen amor y gran afecto que te tiene.–

Y Jacobo Xalabín, viendo que aquella mujer venía ante él, de parte de la hija del señor de Palacia, diciéndole tales palabras, mirando el delantal que le traía, se maravilló. Pero como él se sabía de gran dignidad, no le pareció imposible que tal doncella se enamorase de él, pues mucho más merecería, de ser conocido. Y él, acertada y sabiamente, no se dio a conocer, sino que muy cortésmente tomó a la camarera de la mano y, abrazándola, le dijo

–¡Ay, mensajera plena de deleite y rebosante de gozo! ¡Bendita sea la hora en que aquí vinísteis! ¡Cómo son de placenteras y humildes tus palabras y llenas de gran alegría! ¡Y que grande es la humildad y la nobleza de tu señora que a mí, que soy un simple escudero venido de tierras lejanas en busca de ventura y a quien no conoce, te ha enviado con tales palabras, y, más aún, con sus joyas, rogándome que las lleve! ¡Oh, señora gentil! ¡Cuánta nobleza, pues a un pobre hombre a quien desconoces te muestras humilde y le envías un presente! ¿Temías acaso que yo refusara semejante joya de tan gentil dama? Antes bien, temo que no soy digno de descalzar tus delicados pies.–

Y cuando Jacobo había dicho todas estas palabras y oyó la respuesta de la camarera, le dijo cortésmente y con gran humildad:

–¡Hermana mía, hermana mía, seas bienvenida! Tomo con corazón humilde y devoto lo que traes, que es digno de un gran señor, y te ruego que digas a mi señora Nerguis que no hay nada en este mundo que más me desplazca que el tiempo en que no la veo, pues pareceme que pasan mil años en cada hora que estoy sin verla. Ahora, al menos, tendré un poco de reposo, pues tengo este delicioso delantal que humildemente me ha enviado y que recibo sin ser digno, sino como su pobre siervo y esclavo.

Y la camarera, oyendo hablar a éste tan noblemente, no alcanzaba a ver el momento en que tales noticias diesen a su señora. Y, despidiéndose de Jacobo Xalabín, volvió al palacio, donde encontró a su señora esperándola con gran ansiedad. Y al acercársele, ésta le preguntó

–Y, pues, ¿qué te ha dicho?–

Y la camarera le respondió

–¡Oh, señora! Sabed que jamás se encontró ni habitó tanta gentileza en cuerpo de hombre. Y si el placer y la alegría desapareciesen, serían hallados en aquel bienaventurado caballero. ¡Bendito sea el vientre que le alumbró y los pechos que le amamantaron! Sabed pues, señora, que a duras penas he podido partir de su lado, escuchando sus tan corteses palabras, pues tan altas y tan nobles son sus alabanzas que no hay en el mundo lengua que las pueda repetir.–

Y así, le relató la conversación. Y cuando la señora Nerguis oyó la relación que la camarera le hizo, si ya antes estaba apasionada por Jacobo, entonces dobló su amor y pensó que aunque tuviese que arriesgar su vida, quería ver cumplido su deseo de estar junto a Jacobo Xalabín, al menos por una vez; y día y noche no pensaba en otra cosa sino en qué manera tendría ocasión de hacerlo.

Y estando en esto, vino nueva de que el señor de Setalía, que debía ser su marido, venía para llevarla a su tierra.

Capítulo V. *Del matrimonio que el señor de Palacia había concertado con el señor de Setalía y de lo que aconteció*

Debéis saber que, pues es de razón, hablaré ahora de cómo el señor de Palacia había concertado matrimonio con el señor de Setalía; y después regresaré a la señora Nerguis y a Jacobo Xalabín, hijo del emperador, y a su compañero, cuando será menester.

Este señor de Palacia tenía por nombre Hocman Bey, el cual tenía una hija llamada Nerguis, tal como antes habéis oído, que era de 22 años de edad, muy agraciada. Y ya hacía seis meses que había concertado matrimonio con el señor de Setalía; no porque éste hubiese venido, sino con mensajeros que habían firmado los contratos y pactos. Y como era costumbre que los hombres fuesen allá dónde están las mujeres, y especialmente las hijas de grandes señores, según los usos de la tierra, el señor de Setalía se preparó para partir hacia la tierra de su suegro, Palacia, para tomar esposa y llevarla a Setalía; y se aparejó lo mejor que pudo, con mucha caballería.

Este señor de Setalía tenía una hermana doncella, de 19 años de edad, a quien dijo

–Bella hermana, me voy a la tierra de Palacia para traer a mi mujer. Por lo que os dejo toda la tierra y os ruego que por vos sea bien regida y gobernada.–

Y después, dijo a los demás hombres, barones y nobles:

–Aquí tenéis a mi hermana, a quien dejo en mi lugar. Os la encomiendo junto la tierra, pues, si a Dios place, pronto estaré aquí con mi mujer.–

Después de haber dicho aquello y haber ordenado su tierra, se despidió de su hermana y de todo el pueblo y se puso en camino para ir a Palacia.

Hocman Bey, al saber que el señor de Setalía, su yerno, venía, se preparó él y toda su corte para obsequiarle con una solemne fiesta, como corresponde a gran señor.

Nerguis, su hija, supo que su marido venía para conducirla a sus tierras, donde, si fuese por ella, no iría nunca, ya que le profesaba poco amor, pues todo su deseo y su corazón estaban puestos en el agraciado Jacobo Xalabín, como habéis oído.

Y pasados unos días, el señor de Setalía llegó cerca de la ciudad. Y el señor de Palacia, al saber que su yerno estaba tan cercano, con gran alegría⁶ salió fuera de la ciudad para recibirle, y con gran gozo y fiesta entraron y fueron al palacio; y una vez allí, reposaron y estuvieron deleitándose en grandes fiestas.

Y cada día se veían hacer grandes proezas a Jacobo Xalabín y a Alí Pachá; tanto, que no hubo caballero de ninguna de las dos partes que osase igualar los ardidés que éstos hacían, pues eran gran maravilla. Y ya os podéis imaginar el gozo y el placer de la señora Nerguis.

⁶ Seguimos la lectura propuesta por Miquel i Planas ante la laguna existente en el manuscrito: *goig*.

La fiesta duró quince días. Y como en algunas tierras era costumbre —especialmente en la tierra de Turquía— que los grandes señores, cuando tomaban mujer, nunca se acostaban con ella hasta que le habían llevado a su tierra, donde hacían gran fiesta con sus gentes, y como este señor de Setalía ya hubiese estado quince días en la ciudad de Palacia con su suegro, con gran solaz y recreo, decidió que había llegado el momento de marchar.

Y la señora Nerguis, que todos los días imaginaba y pensaba de qué manera tendría lugar el encuentro entre Jacobo Xalabín y ella, ideó que, allá dónde el cuerpo de su madre yacía, podría cumplirse su voluntad. Y, tomando tres mulas cargadas de colchas y colchones, y pan, carne, cebada, paja y las provisiones que a hombres y caballos son necesarias, dijo a su camarera que cogiese todo esto y fuese ante su amado señor, a quien ella tanto amor profesaba, y marchasen a tal torre —donde yacía el cuerpo de su madre—, para que, una vez estuviesen ellos dentro, cerrase por fuera y regresase con la llave.

La camarera, cumpliendo la orden de su señora, a hora de media noche, con los tres mulos cargados de ropa y vituallas se dirigió a casa de la noble dama, donde encontró a Jacobo Xalabín, a quien le dijo

—Bello amigo, la señora me envía a vos y dice que me sigáis.—

Cuando Jacobo Xalabín oyó aquello, deseoso de cumplir la voluntad de su señora Nerguis, sin estorbo ni retraso, él y su compañero decidieron cabalgar en sus bellos y buenos palafrenes, y, siguiendo a la camarera, salieron de la ciudad encaminándose hacia la torre. Cuando llegaron, la camarera sacó la llave, abrió y puso la ropa dentro, y después les dijo

—Aquí tenéis suficientes víveres para vosotros y vuestros caballos, así que, plázcaos estar aquí y no os enogéis, pues, pronto, la señora estará aquí.—

Y despidiéndose de ellos, con los tres mulos volvió a la ciudad secretamente y se presentó ante la señora Nerguis, que esperaba ansiosa y en seguida preguntó si ya estaba dentro, a lo que la camarera contestó

—Señora, allá están y aquí tenéis la llave.—

Y la señora se alegró mucho.

Capítulo VI. *Cómo el señor de Setalía vino para llevarse a su mujer de Palacia*

Ahora la presente historia relata que, en la tierra de Turquía es costumbre y usanza entre los grandes señores y damas que, cuando uno deja esta vida, esto es, muere, tanto si es hombre como si es mujer, ordena construir, a una jornada o jornada y media de la ciudad, una torre no muy lejos del camino real, sobre un promontorio, y allí hacen sepultar su cuerpo, para que pueda ser visto desde lejos y las gentes que van y vienen por el camino puedan decir: «Allá yace tal señor o tal señora». Y así, cualquier señor o cualquier señora, al morir, hace de esta forma su sepultura.

Y no hacía mucho tiempo que la esposa del señor de Palacia, madre de la doncella Nerguis, había muerto, y su cuerpo estaba sepultado a jornada y media de la ciudad de Palacia, en una torre, sobre una colina, cerca del camino. Y esta doncella Nerguis, como era muy astuta, noche y día estudiaba en que forma realizaría su deseo. Y recordó que, llevándola su esposo a Setalía, pasaría por el lugar donde esta torre estaba edificada, pues el camino era aquel; así que cerca de la torre, ella pediría a su esposo que la dejase ir a ver el sepulcro de su madre, y en aquel lugar se encontraría con Jacobo Xalabín, como tanto deseaba. Y allá vería cumplido su deseo. Por esta razón les había hecho ir a la dicha torre, como ya habéis oído.

Capítulo VII. *Cómo el señor de Setalía se llevaba a la hija del señor de Palacia para desposarla*

Después que terminaron las grandes fiestas en la ciudad de Palacia, como ya habéis oído, el señor de Setalía, deseando partir cuanto antes, se aparejó para marchar con la doncella, su esposa, a celebrar las bodas en la ciudad de Setalía; y dijo a su suegro que quería irse. Al oír el señor de Palacia⁷ que su yerno quería marchar, aparejó a su hija Nerguis lo mejor que pudo, como a hija de gran señor correspondía.

Y con gran caballería de hombres, mujeres y doncellas, cabalgaron y salieron de la ciudad, despidiéndose unos de otros. Y dando la bendición el señor de Palacia⁸ a su hija, según debe hacer un padre, regresó después a la ciudad.

Y el señor de Setalía, con su mujer, cabalgó, iniciando su camino. Al día siguiente, hacia la hora de mediodía, desde lejos vieron la torre. Y la doncella Nerguis, como estaba preocupada por ir a la torre, llamó a su camarera, en quien mucho confiaba, y ésta acudió prestamente, ya que no se separaba de su lado, y le dijo:

–Ve a mi señor y dile que, como parto de esta tierra y me voy a otra y no sé si volveré alguna vez, le pido por su nobleza que me quiera acercar a la torre donde yace el cuerpo de mi madre, y me despediré. Y dile que esto se lo suplico.–

Y la camarera cumplió la orden de la señora y se lo dijo. Y cuando él oyó lo que su esposa le pedía, se lo otorgó. En seguida, toda la caballería se dirigió a la torre donde estaba la sepultura, y, cuando estuvieron al pie de la colina, en un bello prado, descabalgaron y plantaron sus tiendas, pues estaban acostumbrados a llevarlas consigo más que nadie en el mundo. Y aquí, el señor de Setalía se metió en la suya y la doncella en otra, ya que es costumbre que los grandes señores vayan separados de las mujeres.

Luego, el señor hizo servir la comida para él y toda su caballería, y lo mismo ordenó la doncella Nerguis, su esposa, con las mujeres y las doncellas. Pero ella, deseosa de ir a la torre, no le apetecía comer ni beber, por lo que, sólo con su camarera, partió hacia la colina donde estaba la torre. Y cuando se iban, las mujeres y las doncellas las querían seguir, pero ella no quiso y les ordenó no moverse de la tienda y que pasasen a comer, que ella regresaría pronto.

Por lo que, solamente con su camarera, mientras todos comían, subió a la torre y con la llave que llevaba encima, abrió la puerta y entraron. Y cuando estuvieron dentro, cerraron bien la puerta.

Capítulo VIII. *Cómo la señora Nerguis entró en la torre donde estaban Jacobo Xalabín y Alí Pachá*

Jacobo Xalabín, hijo del emperador, que ya estaba en la torre más de dos días con su compañero, esperando su ventura, cuando vió a la graciosa doncella que tanto amaba, el gozo quesintió, cada uno lo puede imaginar, si en tal caso se viese.

La doncella Nerguis, al ver aquello que más amaba en este mundo, el joyel que perseguía con gran deseo, se le acercó, y se abrazaron y besaron. Y, del gran gozo y amor que se tenían, no se pudieron hablar ni decir nada, sino que, así abrazados, cayeron al suelo desmayados por el cortés amor que uno sentía hacia el otro.

Y Alí Pachá y la camarera, que vieron a su señor y su señora de tal manera, abrazados con tan gran amor, viendo que no hablaban sino que yacían en el suelo, Alí Pachá dijo a Jacobo Xalabín:

⁷ En el original, Setalía.

⁸ *Vid.* nota anterior.

–Compañón, ¿qué hacéis? Haced aquello que debáis y despachad, que no tenemos tiempo.–

Y cuando vio que no respondía ni decía anda, se dijo: «Esto podría durar demasiado». Y cogiéndolo por las axilas le gritó:

–¡Compañón! ¡Arriba!–

Jacobo Xalabín, como estaba desmayado y sin sentido, le miraba con los ojos abiertos y se le reía en la cara. Y del mismo modo hacía la camarera con su señora. Así que, cuando vieron que estos dos no podían volver en sí ni tenerse en pie, hicieron el mayor duelo del mundo y dijeron:

–¡Oh, mezquinos! ¡A mal punto hemos llegado, que todos seremos muertos! Pues el señor ya ha comido y se sorprenderá de cómo estamos tanto aquí.–

Cada uno puede imaginar, si estuviese en semejante caso y peligro, qué haría; y por eso Alí Pachá y la camarera sentían gran angustia y dolor, y no sin razón. Y aunque les daban agua y otras cosas, no podían hacerlos volver en sí.

Durante todo este tiempo la caballería comió e hicieron gran fragor, poniendo a punto sus caballos. Y entonces dijo Alí Pachá a la camarera:

–A fe mía, la situación está mal. Tenemos que encontrar algún remedio o consejo para no ser encontrados y muertos.–

Y como era muy inteligente y sabio (y bien que lo es, puesto que hoy en día Alí Pachá rige y tiene poder sobre todo el reino del actual emperador, donde no se hace sino aquello que él manda), por su discreción y sabiduría, dijo la camarera:

–Mirad: muertos somos si no tomamos alguna solución.–

Y Alí Pachá se despojó de sus vestiduras y, tras desnudar a la doncella Nerguis, vistió sus ropas y se engalanó con los ornamentos que la mujer llevaba y se cubrió la cara. Y debéis saber que en aquella tierra existe tal usanza: que todas las mujeres van con las caras cubiertas y ningún hombre las puede ver ni conocer. Y vestido y adornado como la doncella, dijo a la camarera:

–Vamos, salgamos de aquí y no te apartes de mi lado, y si alguien se aproxima para hablarme, excúsame. Vamos pues, que tal vez en la noche o en otro momento podremos huir y volver aquí con estos, que ya se habrán recuperado. Así que guardad bien la llave.–

Ved aquí que Alí Pachá, vestido con las ropas de la doncella y tomando su apariencia, junto a la camarera salió de la torre y la cerraron bien. Y cuando la caballería vio que se acercaban, dijeron: «La señora viene». Y Alí Pachá y la camarera, que le guiaba, fueron a la tienda de la señora Nerguis y se sentaron. Vieron entonces a las mujeres y doncellas venir ante Alí Pachá, haciendo la reverencia que tenían por costumbre, creyendo que fuera su señora. Y le decían:

–Señora, ¿habéis visto el cuerpo de vuestra madre?–

Entonces la camarera decía:

–Por el amor de Dios, no le digáis nada, que ha llorado tanto sobre la sepultura de su madre, que a duras penas he podido traerla.–

De esta forma la camarera excusaba que Alí Pachá no hablase. En ese momento el señor hizo tocar la trompeta y montaron a caballo, y todos cabalgaron reanudando el camino; y asimismo hicieron Alí Pachá y la camarera, que no se separaba de él.

Y como podéis imaginar, Alí Pachá estaba muy preocupado y tenía pavor a ser descubierto. Y muchas veces, de día y de noche, mientras cabalgaba, imaginaba de qué forma podría huir. Pero, aunque era inteligente y sabio, ninguna vez tuvo ocasión de hacerlo. Y lo que más le retenía era que no cabalgaba un caballo, sino una mula, que amblaba, pues la mujer debe cabalgar en semejante bestia para que vaya más reposada. Por eso, Alí Pachá no iba en caballo ni en rocín, ya que, de haberlo hecho, a cualquier

hora de la noche hubiese intentado huir. Y es por esto que no pudo escapar, sino que, pasando los días, llegaron cerca de la ciudad de Setalía.

Ahora volveremos a Jacobo Xalabín y a la doncella Nerguis, que habían quedado en la torre; y después, cuando sea menester, regresaremos a Alí Pachá y a la camarera.

Capítulo IX. *Cómo Jacobo Xalabín y la señora Nerguis se reconocieron y se maravillaron al verse solos*

Como el amor, que es soberano de todas las demás cosas, abundase en Jacobo Xalabín y en la señora Nerguis, según habéis oído, estuvieron por espacio de tres horas abrazados el uno al otro, sin conocimiento y sin sentido. Después se reconocieron y se maravillaron mucho cuando se vieron solos. Y registrando la torre, la encontraron cerrada con llave desde fuera.

Y cuando la señora Nerguis se vio sin sus vestidos y ricos arreos, excepto la sola alcandora y un sutil velo⁹ que tenía sobre sus cabellos puros y limpios (que así estaba ella), descubrieron en el suelo las ropas de Alí Pachá. Y cuando Jacobo Xalabín vio la doncella desvestida y las ropas de su compañero, y vio la puerta cerrada, en seguida imaginó que aquello había sido urdido por Alí Pachá, que era muy astuto. Así que se dijo: «No es posible que en breve mi compañón no esté aquí».

Y después de pensar aquello, se fijó en la angelical figura que tanto amaba con amor de corazón, y con sus manos y sus brazos tomó aquel deleitable cuerpo cubierto por la delgada alcandora y la besó muy graciosamente, y ella también a él. Era como ver dos cuerpos aquí unidos en una sola voluntad para hacer aquello que no es oportuno pronunciar ahora, pero que cada quien puede imaginar, si se viera en semejante caso.

Y estando estos dos en la forma que habéis oído, estuvieron así nueve días en la torre, después de los cuales regresó Alí Pachá, como oiréis.

Capítulo X. *Cómo la hermana del señor de Setalía salió a recibir a su hermano, que llegaba con su mujer*

Dice la presente historia, como ya habéis oído, que el señor de Setalía cabalgó junto a la que creía su doncella, que no era sino Alí Pachá. Y después de dejar la torre donde quedaron Jacobo Xalabín y la doncella Nerguis, cabalgaron seis días hasta que llegaron a la ciudad de Setalía. Y, cuando estuvieron cerca, supieron la nueva noticia los de la ciudad y, en especial, la hermana del señor, quien, al oír que éste llegaba con su mujer, se aparejó con los más honrados barones y honradas gentes del lugar para salir a recibir a su hermano, que traía a su esposa. Y con gran estrépito de trompetas y añafles salió un trecho de la ciudad y encontró a su hermano Hocman Bey, con toda su caballería, junto a Alí Pachá con aspecto de mujer.

La hermana se acercó a él y le dijo que fuese bienvenido, y el hermano le respondió que fuese bienhallada. Después, se acercó a Alí Pachá y le tomó la mano derecha, cubierta por un guante muy delgado, y la abrazó y la besó, pero sobre el velo, pues iba embozado como era de costumbre.

Y después de acompañarla, comenzó a hablarle, diciéndole que fuese bienvenida. Y cuando pensó preguntar algunas cosas, como entre mujeres se acostumbra, la camarera, que tenía gran pavor y no se separaba de su lado, habló y dijo:

⁹ La palabra *façol*, catalanizada del *phakiole* bizantino, no tiene correspondencia castellano.

–¡Ah, señora! No le digáis nada, que mi señora no está acostumbrada a cabalgar tan largo camino y se encuentra realmente fatigada y cansada.–

De esta manera, la camarera impedía tanto como podía que Alí Pachá hablase, para que no fuese descubierto.

Y la hermana del señor de Setalía cogió a Alí Pachá de la mano, pensando que era su cuñada; y de esta forma entraron a la ciudad, donde toda la gente celebraba gran fiesta y alegría por su señor, que venía con su mujer. Y decían:

–Señora nuestra, plazca a nuestro Señor que en buena hora entres. Y tú seas bienvenida.–

Y así, se encaminaron al palacio, que estaba bellamente enjaezado y empaliado, como podéis imaginar. Y cuando descabalaron, el señor de Setalía dijo a su hermana:

–Hermana, os encomiendo la doncella. Tened buena cuenta de ella, puesto que está muy fatigada de cabalgar.–

Y la hermana del señor de Setalía la cogió de la mano y la instaló en su alcoba, que era muy bella, resplandeciente y plácida, adornada de telas y con todo cuanto era menester.

Capítulo XI. *Cómo Alí Pachá yació con la hermana del señor de Setalía y cómo ella se fue con él*

Y cuando Alí Pachá estuvo dentro, como sentía más pavor que vergüenza, se reclinó sobre la cama, dando a entender que estaba fatigada, y la camarera se sentó en un lado del lecho. La hermana del señor de Setalía le preguntó si quería beber y comer, y rápidamente la camarera respondió que no quería ni beber ni comer ni beber, pues se encontraba muy cansada. Y pronto, cuando vino la tarde y la cena fue ricamente preparada, el señor de Setalía, como imaginaba que la doncella debía estar fatigada, dijo a su hermana que cenaran las dos en la alcoba, y que la cuidase; y yendo a la estancia, la hermana del señor de Setalía dijo

–Y entonces, cuñada mía, ¿cenaremos?–

De inmediato la camarera intervino y dijo que la señora no quería cenar, sino que quería acostarse, puesto que se encontraba muy fatigada. Y la cuñada, viendo que no quería cenar, cenó sola.

Y, luego, el lecho fue bellamente dispuesto. Y Alí Pachá se puso en la cama, con su camisa vestida y con la cabeza y la cara embozadas, y la camarera se sentó en la orilla de la cama.

Cuando estuvo dentro de la cama, dijo a la camarera que se fijase en el palacio, dónde estaba la puerta y el establo, y en qué parte estaban los buenos caballos para que, cuando todos durmiesen, pudiesen huir. Y la camarera lo observó y tomó buena cuenta.

Y a poco que Alí Pachá se acostó, vino la hermana del señor de Setalía para hacer compañía a su cuñada durante la noche y hablar con ella, y le dijo:

–Cuñada, ¿estáis durmiendo?–

Y rápidamente la camarera se anticipó y le dijo:

–Señora, por amor de Dios no hagáis ruido, que mi señora duerme y hace cinco días que no lo hace.–

Y la hermana del señor de Setalía dio constancia de las palabras de la camarera y no dijo nada, sino que pensó en desnudarse y acostarse al lado de Alí Pachá. Y cuando estuvo en el lecho, a Alí Pachá, que ni dormía ni quería hacerlo, se le encendió toda la sangre, puesto que el fuego es muy peligroso estando junto a la paja, que si se le acerca, por fuerza ha de prender.

Y Alí Pachá, que se vio al lado de ésta, no se pudo contener y, aun arriesgando su vida, se le acercó y la comenzó a besar y a abrazar estrechamente. Y la doncella que vio que éste tan fuertemente la estrechaba, se maravilló y se extrañó mucho.

Y Alí Pachá, cómo era muy joven y apasionado, comenzó a hacer en ella aquello que no se debe decir; y la doncella, viendo esto, no lo tuvo en broma y quiso gritar, pero rápidamente Alí Pachá le puso la mano en la boca y le dijo:

–No digáis nada; si no, vos sois muerta.–

Y la doncella, que el oyó hablar y se dio cuenta de que era hombre, no osó decir nada; y Alí Pachá procedió a obtener sus placeres de ella, lo que la hermana del señor de Setalía se tomó con paciencia¹⁰.

Después de que Alí Pachá hubo hecho su voluntad, dijo a la doncella:

–Ved aquí, doncella, cómo ha ido la cosa. Yo ahora me voy, pues aquí no puedo estar; así que pensad si os queréis venir conmigo.–

A lo que la doncella respondió sin ni siquiera pensarlo:

–¡Ay, señor! Sí, iré. Y por nada del mundo quiero dejaros, aunque hubiese de morir o me condujérais al fin del mundo. Y no lo dudéis nunca.–

En verdad, no era de extrañar si así le respondía y le quería seguir, pues su virginidad le había entregado y estaba muy contenta y no se arrepentía. Eso sí, le dijo

–Mi señor, os ruego que me digáis quien sois.–

A lo que Alí Pachá respondió

–Doncella, os pido que no os enojéis si ahora no podéis saber quien soy. Pero, apresurémonos.–

Rápidamente se vistieron; y esto sucedía hacia la hora del primer sueño. Y la doncella, que tenía muchas y ricas joyas, las cogió, ayudada por Alí Pachá y, luego, los tres hicieron un fardo. Y, secretamente, con un pequeño blandón, entraron en el establo y tomaron cuatro de los mejores caballos que encontraron y los ensillaron y les pusieron las bridas. En uno de los caballos pusieron el fardo de las joyas, y en los otros tres cabalgaron ellos. Y así salieron secretamente del palacio, sin que nadie lo oyese, pues todos dormían en aquella hora y, después, salieron de la ciudad.

Y una vez fuera –sería hacia media noche–, se encaminaron a la torre dónde habían dejado a Jacobo Xalabín y la doncella Nerguis. Y cabalgaron dos días y tres noches, sin parar nunca hasta que llegaron a la torre.

Capítulo XII. *Cómo Alí Pachá y la hermana del señor de Setalía huyeron*

Ahora cuenta la presente historia que el señor Hocman Bey, señor de Setalía, después de llegar a su ciudad, como ya habéis oído, cuando ya había cenado llamó a sus oficiales y les hizo venir ante él y ordenó a cada uno aquello que debían hacer al día siguiente, esto es, que preparasen las viandas y todo lo que correspondía y era necesario a la fiesta, pues en tal día quería ser desposado. Y después de haber hablado con los oficiales y ordenado lo que debían hacer, dio paso a la noche y se acostó en su lecho.

Ansioso porque fuera ya de día y porqué se hiciese ya la fiesta de bodas, por amor a su esposa, tan pronto como amaneció, se levantó del lecho donde yacía y se engalanó muy noblemente con sus vestiduras; y, también hicieron lo mismo todos sus barones y caballeros y fueron a palacio. Se vieron aquí sonar añafiles y caramillos y toda clase de instrumentos, según allá se acostumbra. Y toda la ciudad hacía gran fiesta y juegos, esperando que su señora cabalgase por la tierra.

El señor Hocman, estando con todos sus barones y caballeros en una gran sala de palacio, pensaba e imaginaba que su hermana engalanaría a la doncella en todo cuanto le fuese menester para sus vestiduras y adornos. Y estando el señor de Setalía con todos sus barones entre bellas músicas, pasó la hora de tercia.

¹⁰ Creemos que en el original, el copista olvidaría las palabras «la gérmana de», que añadimos, pues parecen necesarias al contexto.

–Ya –dijo el– se acerca la hora de celebrar la solemnidad.–

Y envió un mensajero a su hermana diciéndole que se apresurase, que era bien de día; y el mensajero fue rápido a la estancia de las dos doncellas, donde por la noche se habían acostado. Cuando estuvo a la puerta, no osó entrar, sino que preguntó a las mujeres y doncellas que estaban fuera qué hacían las señoras; y una de aquellas doncellas dijo que aún no estaban levantadas ni habían oído a nadie por la estancia. Y el mensajero no osó llamar a la puerta, sino que regresó ante su señor Hocman y le dijo:

–Señor, he estado en su alcoba y aún las señoras no están levantadas.–

Hocman pensó que su doncella estaba muy fatigada de cabalgar y de las noches que había soportado y que, por esto, dormían hasta tan tarde.

Así que esperó un buen rato y, cuando se acercaba la hora de mediodía, le dijo a un mensajero:

–Ve rápido y diles que se apresuren y que vengan enseguida.–

El mensajero partió hacia la alcoba y, cuando estuvo en la puerta, las mujeres y las doncellas le dijeron que aún no se habían levantado. Y entonces dijo el mensajero:

–Despertémoslas, que el señor lo ordena. ¿No veis que ya es tarde?

Y empezó a llamar a la puerta y, al empujarla, ésta se abrió. Y una doncella entró en la estancia y no encontró nada y, muy maravillada, salió y lo dijo a todas las mujeres y doncellas que allí estaban. Entonces, entrando todas, no encontraron ni a la una ni a la otra, de lo cual se maravillaron mucho. Y mirando aquí y allá, jamás hallaron nada. Tanto fue así, que el mensajero que Hocman había enviado, no osaba regresar ante su señor.

Y mientras ocurría esto¹¹, se acercó la hora del mediodía. Y el señor, al ver que era tan tarde y que el mensajero que había enviado no regresaba, envió otros, diciéndoles que para bien o para mal, volvieran. Cuando los mensajeros supieron la noticia, nadie se la osaba decir; de tal forma que, el señor, al ver que aquello se alargaba, se dirigió a la estancia y preguntó a las mujeres y doncellas que allí estaban qué hacían las señoras.

Y una de las doncellas dijo:

–¡Ay, señor! ¿Qué haremos ni qué consejo tomamos, si a la señora Nerguis y a vuestra hermana no encontramos, y no sabemos de ellas qué se ha hecho?–

Entonces dijo Hocman:

–¿Y cómo es eso? ¿Qué puede haber sido esto?

Entonces él, con gran alboroto, hizo registrar todo el palacio y, por el gran escándalo y gritos que se produjeron, toda la ciudad se agitó e hizo gran bullicio. Y buscaron aquí y allá, pero en balde, pues nunca las encontraron ni tampoco su rastro, sino que sólo advirtieron la falta de cuatro caballos.

El dolor y la ira que este Hocman sintió, cada cual puede pensárselo. Y de ninguna forma nadie podía pensar ni imaginar cómo había acontecido aquello, ni cómo podían haber huido, ni hacia qué parte, ni con quién, pues no echaron de menos a ningún caballero ni otro hombre, sino tan sólo a ellas dos y a la camarera, que eran tres. Por lo que, prestamente, envió caballeros a todas partes.

Alí Pachá y la doncella habían ya tenido tiempo desde medianoche al mediodía, por lo que llevaban gran ventaja y nadie pudo hallar noticias suyas ni encontrar ningún rastro. Así que Hocman, que con sus caballeros y barones estaban dispuestos para celebrar la notable fiesta que estaba preparada, hubieron de regresar, todos muy dolidos, en desorden y con gran confusión, ya os lo podéis pensar. Así pues, comieron, pero sin ninguna alegría.

Y de esta forma quedó Hocman, señor de Setalía, muy desconsolado, no sabiendo cómo había ocurrido esto con lo que debía ser su mujer y con su hermana. No pudo, pues,

¹¹ Pasaje obscuro, en el original, que hemos interpretado.

encontrar su rastro entonces, sino que lo que supo después, como bien oiréis, y de lo cual tuvo gran alegría.

Capítulo XIII. *Cómo Alí Pachá regresó a la torre con la camarera y la hermana del señor de Setalía, y cómo, todos juntos volvieron a Brusa*¹²

Después que Alí Pachá y la hermana del señor de Setalía salieron de la ciudad, como habéis oído, cabalgaron tanto en unos días, que llegaron a la torre donde estaban Jacobo Xalabín y la señora Nerguis.

Cuando estuvieron en la torre, descabalgaron, y Alí Pachá, que tenía la llave bien guardada, la abrió y encontró a Jacobo Xalabín con la doncella, los cuales, cuando les vieron, vosotros mismos podréis decir cuánto gozo, placer y alegría tuvieron.

Y Alí Pachá se arrodilló ante Jacobo Xalabín, haciéndole gran reverencia, y se besaron y abrazaron con gozo. Luego, Alí Pachá hizo reverencia a la señora Nerguis y le devolvió los vestidos y adornos que se había llevado y que aún vestía. Y cuando la camarera vio a su señora Nerguis, podéis imaginar el placer que sintió.

Después Jacobo Xalabín preguntó a Alí Pachá cómo le había ido y qué doncella era aquella que traía consigo. Y éste le contestó que era la hermana del señor de Setalía, con la cual había tenido la mayor aventura del mundo. Y se lo contó todo, palabra por palabra, desde que se había separado de él.

Y las dos doncellas y la camarera (...) ¹³. Entonces la camarera dijo a su señora Nerguis: –He aquí la que debía ser vuestra cuñada.–

Y cuando la hermana del señor de Setalía vio a la que debía ser su cuñada, comenzaron a abrazarse y a preguntarse cosas, y los ojos se les llenaron de lágrimas, diciendo:

–¡Ay tristes de nosotras! ¡Qué aventuras nos han traído en tal punto, que estamos en poder de estos dos hombres que no sabemos quiénes son! Estábamos nosotras en gran prosperidad y ahora vamos con hombres que no sabemos quiénes son, ni les conocemos, ni sabemos dónde nos llevan.–

Las doncellas tenían ansiedad y estaban preocupadas por esto, pero tanto se tenían por satisfechas, cada una, con jóvenes tan agraciados y esforzados, que aquellos pensamientos pronto desaparecieron.

Y Jacobo Xalabín, al ver a la señora Nerguis preocupada, iba a ella y la tomaba con sus agradables brazos, muy dulces y delicadamente, y así, consolada y confortada, en nada pensaba, sino solamente en su señor, que tenía delante; y lo mismo hacía Jacobo Xalabín. Y si estos se profesaban este amor tan grande, igualmente hacían Alí Pachá y su doncella, hermana del señor de Setalía. Y de esta forma pasaba el tiempo. Después dijo Jacobo Xalabín a Alí Pachá:

–Compañón, ¿qué haremos?

–A fe mía –dijo Alí Pachá–, debemos partir al alba y cabalgaremos y saldremos de esta tierra, pues no nos es beneficioso detenernos aquí.–

–Dices lo correcto –afirmó Jacobo Xalabín.–

Y al amanecer, ensillaron sus caballos y cabalgaron y salieron de la tierra, acordando dirigirse al país del emperador, esto es, a su propia tierra, para ir a la ciudad de Brusa; y ya por nada volverían atrás sino que, cuando estuviesen allá, acordarían lo que deberían hacer. Y así lo hicieron que, pasados unos días, salieron de aquella tierra del señor de Palacia.

Cuando entraron en su país, se encaminaron a la ciudad de Brusa, avanzando poco y sin fatigarse, en consideración a las mujeres. Y, siempre que encontraban una fuente,

¹² Título que no aparece en el original, añadido por Arsenio Pacheco (1964: 124).

¹³ Laguna en el ms. original.

descabalgaban y daban de comer a sus caballos, y después extendían sus tapices y se sentaban, cada uno con su dama, y descasaban y comían con gran deleite y alegría. Y uno de aquellos días, a hora de mediodía, encontraron una bella fuente que está entre dos castillos, Carassar y Cotey, más o menos a medio camino, en un bello prado. Y aquí descabalgaron y quitaron las bridas a sus caballos y les dejaron ir placenteramente al prado que había allí. Después extendieron los tapices y sacaron las viandas que llevaban, y los cinco comenzaron a comer y a reposar. Y una vez hubieron comido, hacía gran calor por lo cálido del sol; y Jacobo Xalabín puso la cabeza sobre la falda de la señora Nerguis, que le despiojaba; y lo mismo hizo Alí Pachá, yaciendo junto a su señora. Y hablando así, en gran deleite, cada uno con la suya, la hermana del señor de Setalía, no pudiéndolo soportar ya su corazón, dirigió su humilde cara hacia su señor Alí Pachá y le dijo:

–¡Oh, gracioso señor mío a quien amo más que a nada en este mundo! Plázcate concederme un don, que será la primera cosa que yo te haya pedido, y te ruego no me digas que no.–

Alí Pachá, que vio tan graciosamente hablar y suplicar a la doncella, se imaginó lo que quería y le respondió:

–Doncella mía, nada hay en este mundo que yo no haga ni diga por amor de vos.–

Y la doncella le dijo:

–Señor mío muy amado, os diré qué quiero. Sólo debéis saber que yo quisiera saber una cosa de vos. Señor mío, vos ya sabéis quién soy y cómo ha acontecido nuestra aventura y cómo es que nos encontramos juntos: nada hay en este mundo que yo no haya olvidado por vuestro amor. Así que, señor mío, os suplico que me digáis vuestro nombre, de dónde sois y a dónde nos lleváis.–

Alí Pachá, que entendió las palabras que la doncella le había dicho, sonrió y les respondió:

–A fe mía, doncella, tenéis razón al pedirlo.–

Y Alí Pachá se dirigió a Jacobo Xalabín diciendo:

–Señor, bien estará que, de hoy en adelante, las señoras que aquí están sepan quiénes somos, pues me parece que por eso están ensimismadas y será bueno que lo sepan.–

Jacobo Xalabín respondió que estaba de acuerdo. Y en esto, se puso en pie Alí Pachá acercándose a la señora Nerguis y, arrodillado ante ella, dijo:

–Señora, aquí tenéis a mi señora Jacobo Xalabín, hijo del emperador.–

Por lo que, cuando la señora Nerguis se enteró de quién era su señor, en seguida se arrodilló ante él y le dijo:

–Entonces, señor, ¿vos sois Jacobo Xalabín, hijo del emperador?–

En aquel momento ella le quiso besar los pies y Jacobo la tomó por los brazos y, levantándola, graciosamente la estrechó.

Después, Jacobo Xalabín habló, diciendo a la hermana del señor de Setalía:

–Señora doncella, aquí tenéis a Alí Pachá, hijo de Alí Pachá.–

Y la doncella, al oír quién era aquél y que era hijo del gran barón que regía el reino, ya podéis pensaros qué gozo tuvo, pues pensó que, más noblemente, ella no se podría casar. Enseguida se vio a las doncellas que, si ya antes estaban alegres de los dos señores que habían conquistado, entonces lo estuvieron mucho más, al saber quiénes eran. Y ellas mismas decían que en buen punto habían nacido, pues semejantes hombres habían conquistado, y que bendita era la hora en que les vieron y más bendita era aquella fuente donde habían conocido sus nombres y cumplido su deseo¹⁴.

Y cuando la alegría pasó, pusieron las bridas a sus caballos y recogieron sus tapices y montaron. Y, pasados unos días, llegaron a la ciudad de Brusa, haciéndolo de forma que entraron por la noche, a la hora del primer sueño.

¹⁴ Para la última palabra seguimos la propuesta de A. Pacheco pues, en el original, no aparece.

Y entraron en casa de Alí Pachá, que acababa de venir de la corte. Al entrar en la casa, el noble Alí Pachá, que estaba arriba, sintió el fragor de los caballos y bajó, y al reconocer a su hijo, dijo:

–¡Oh, hijo mío, seas bienvenido! ¿Y qué es de mi señor Jacobo Xalabín?–

–Padre –dijo Alí Pachá–, podéis verlo aquí.–

Y el noble se acercó a él y se arrodilló a sus pies, lleno de alegría. Y al verle, Jacobo Xalabín le dijo que fuese bienhallado. Después, el noble hombre preguntó qué doncellas eran aquellas y Alí Pachá le respondió:

–Padre, aquí tenéis a la hija del señor de Palacia y aquí a la hermana del señor de Setalía que, por nuestra ventura, mi señor Jacobo Xalabín y yo hemos conquistado.–

Y se lo contó todo detenidamente. El noble Alí Pachá, al oír aquello, no esperó ni un momento para ir a decírselo al emperador, por lo que, aunque era tarde, salió de casa y se encaminó a palacio.

Capítulo XIV. *Cómo Jacobo Xalabín volvió a la corte de su padre con Alí Pachá y las dos doncellas, esto es, la hija del señor de Palacia y la hermana del señor de Setalía*

Y como nuestro Señor hace discurrir las cosas hacia la perfección, estos dos, según la cuenta, estuvieron, tras partir de Brusa, catorce meses y siete días; y durante este tiempo la mujer del emperador, doña Issa Xalabina pasó de esta vida, y el médico judío se había ido a una isla del Xiu. Por lo que, en el caso de que estos dos regresasen a Brusa, no encontrarían a ninguno de aquellos, porque la una era muerta y el judío ya no estaba, como habéis oído. Así que, cuando Alí Pachá, el noble, fue al palacio, entró en la estancia del emperador, que yacía en su lecho y le dijo:

–Señor, por Dios, merced os pido.–

–Por Dios, Alí Pachá –dijo el emperador–, haz y di lo que quieras.–

–Señor –le dijo Alí–, mi señor Jacobo Xalabín y mi hijo han regresado.–

–¿Cómo, Jacobo Xalabín? ¿Cómo puede ser eso? ¿No le mataste tú?–

–Señor –dijo Alí Pachá–, en verdad, no, que, cuando vos me dijísteis que lo matara y os trajera el hígado, no lo hice, sino que os traje el hígado de una cierva; y entonces, Jacobo y mi hijo huyeron. Por lo que, señor, ahora han vuelto y, junto a ellos, han traído a la hija del señor de Palacia y a la hermana del señor de Setalía.–

Cuando el noble emperador oyó decir aquello a Alí Pachá, no lo creía; y se levantó del lecho donde yacía, a pesar de ser tan tarde, y él en persona fue a casa de Alí Pachá a pie. Y fue algo que nunca había hecho, pues jamás había entrado en casa de éste; aunque no era una maravilla si iba por ver a un hijo a quien creía muerto.

Y cuando el emperador estuvo en casa de Alí Pachá, vio a Jacobo Xalabín, su hijo, y, no pudiéndolo soportar su corazón, los ojos se le llenaron de abundantes lágrimas; y llorando muy tiernamente, con los brazos extendidos, corrió a abrazar a su hijo Jacobo Xalabín. Aquí pudiérais ver las palabras piadosas que el padre le decía al hijo, que serían largas de recitar.

Después, habiendo estado así durante mucho tiempo, el noble Alí Pachá dijo al emperador:

–Señor, entrad aquí en esta sala.–

Cuando entró, vio a dos doncellas muy delicadas sentadas sobre almohadas muy ricas. Y, al verlas, se maravilló mucho y preguntó quiénes eran, en especial la señora Nerguis, que estaba la primera o parecía más digna de honor que la otra. Y Jacobo Xalabín le dijo:

–Padre y señor, ésta es la hija del señor de Palacia, con quien, señor, por mi ventura y por deseo de Dios, me encuentro en tal manera.–

Y le contó todo lo que le había ocurrido con Alí Pachá.

Cuando el emperador había visto a su hijo con Alí Pachá y las dos doncellas, la alegría y el consuelo que tuvo, podéis pensároslo; y, con gran alegría, se despidió de todos y se volvió a palacio, donde, feliz, reposó aquella noche.

Y de buena mañana, antes del alba, el emperador, que no deseaba dormir ni había podido hacerlo en toda la noche, de la alegría que sentía, despachó correos y hombres que no tardasen mucho y los envió al señor de Palacia y al señor de Setalía, para que, inmediatamente, una vez vista la dicha, acudiesen a la ciudad de Brusa.

Los correos partieron, yendo uno al señor de Palacia y otro al señor de Setalía, y llegaron en breve tiempo. Cuando el señor de Setalía vio la petición del emperador, enseguida quiso obedecer, pues no deseaba hacer ninguna cosa que le enojase, por miedo; y el señor de Palacia, de igual manera obedeció el requerimiento del emperador. Así que, en pocos días, llegaron a la ciudad de Brusa sin saber por qué los requerían¹⁵.

El emperador mandó hacer pregón por toda su tierra y por todas las ciudades para que se hiciesen fiestas en ocho días. Y viérais entonces la ciudad en gran fiesta y en gran solaz por Jacobo Xalabín, hijo de su señor.

Y cuando el emperador vio que el señor de Palacia y el de Setalía habían llegado, les acompañó y les hizo muy bella acogida, y después les dijo:

–Si no os digo porqué os he hecho venir, no lo sabrías.–

Y mirando al señor de Palacia le dijo:

–Sabed vos primeramente que, como es voluntad de Dios nuestro Señor, vuestra hija Nerguis ha venido aquí con mi hijo Jacobo Xalabín. Y puesto que su ventura es, quiero que concertemos matrimonio.–

De la misma manera, le dijo al señor de Setalía que su hermana estaba aquí y quería que fuese mujer de Alí Pachá.

Después de haber dicho estas palabras, les cogió de las manos y les introdujo en una sala, donde estaban las doncellas muy ricamente ataviadas. Y cuando vieron uno a su hija y otro a su hermana, tuvieron muy gran placer; y el señor de Palacia fue hacia su hija y la abrazó y la besó, y lo mismo hizo el señor de Setalía con su hermana.

Después de haber visto a las doncellas y oír las palabras que el emperador les había dicho, sobre concertar matrimonio, del gozo que ambos tuvieron, ansiaban que la fiesta se celebrase, pues se tenían por grandes señores y muy bienaventurados porque hombres como Jacobo Xalabín y Alí Pachá tuviesen por esposas aquellas doncellas. Y el señor de Setalía no reclamó a la que había de ser su mujer, esto es, la señora Nerguis, porque hacía muy buen matrimonio de su hermana, quien en tan noble lugar entraba, pues Alí Pachá iba a ser su marido. Y, asimismo, el señor de Palacia se tenía por muy ensalzado, ya que el hijo del emperador se había rebajado tanto para tomar a su hija como esposa. Y por eso, se vio tan gran gozo y alegría de los dos.

Y, después de haber visto a las doncellas, se arrodillaron ante el emperador, diciéndole:

–Señor, te damos las gracias, pues siendo tan gran señor, quieres acercarte a nosotros. ¿Temías acaso, señor, que nuestras hijas y hermanas no quisieran mezclarse contigo¹⁶? Incluso nosotros, y todo aquello que es nuestro, somos esclavos y siervos tuyos.–

¹⁵ Variamos la puntuación ofrecida por A. Pacheco, en atención a una mejor comprensión del texto.

¹⁶ Diferimos de la lectura ofrecida por A. Pacheco.

Por lo que, el emperador hizo celebrar muy solmene fiesta y las bodas de su hijo y de Alí Pachá con las dos doncellas, en gran solaz y en gran diversión.

Estos dos señores estuvieron en la ciudad de Brusa cuarenta y cinco días, y en este tiempo fueron desposados Jacobo Xalabín y Alí Pachá. Después se despidieron del emperador, de Jacobo Xalabín y de Alí Pachá y de las doncellas, regresando cada uno a su tierra.

Y Jacobo Xalabín y la señora Nerguis estuvieron así como marido debe estar con su mujer, con gran gozo y consuelo; y de la misma manera Alí Pachá y la hermana del señor de Setalía.

Capítulo XV. De la nueva que llegó al emperador sobre cómo el cristiano búlgaro invadía su tierra

Estando Jacobo Xalabín en la ciudad de Brusa con su esposa, y Alí Pachá con la suya, no había pasado mucho tiempo cuando murió el padre del segundo. Y el emperador que vio que aquel había muerto, viendo a su hijo tan discreto y maravilloso, quiso que, sin tardanza, tuviese poder sobre todo el reino y todo aquello que su padre tenía.

Y un día, estando todos en la ciudad de Brusa, entre solaces, deleites y deportes, según les correspondía, llegaron noticias de la parte de Grecia de que el cristiano búlgaro había entrado con gran número de gentes saquear la tierra. Por lo que, cuando el emperador oyó estas nuevas, hizo llamar a sus huestes y envió por lo barones de su tierra y por su hijo Bayaceto, el bastardo, para que rápidamente acudieran a él. Estos, así lo hicieron, acudiendo con sus gentes y sus armas a la ciudad de Brusa.

Cuando todos estuvieron en la ciudad, el emperador tuvo consejo con sus dos hijos y con Alí Pachá y Anabescu Bey y Sein Bey, que eran dos grandes condes y barones que aún lo son en la tierra de Turquía. Y les dijo que Lázaro había entrado en el país y que quería que le aconsejasen sobre qué hacer; y todos a una voz respondieron que prestos debían ir a combatir contra Lázaro. Y así como lo habían acordado, lo hicieron.

El emperador partió de la ciudad de Brusa con todo su poder, y, pasados unos días, fue a un lugar del canal, llamado Lapsao, que está en el paso de Turquía a Grecia. Y con toda su gente pasó a Galípoli, que es un fuerte castillo; y ya en Grecia, cabalgaron tanto cada día que llegaron a una jornada de allá dónde estaba Lázaro.

Cuando éste supo que el emperador estaba allí con todo su poder, le envió un mensajero haciéndole saber que se dispusiese a la batalla, que él, sin retraso, quería combatir. Y el emperador dijo al mensajero:

–Vete y di a tu señor que se apresure y que salga del país; si no, yo haré tal cosa de él que por siempre lo recordará.–

El mensajero volvió a Lázaro, repitiéndole las palabras que el emperador le había dicho. Por lo que, cuando aquél las oyó, aún se enfureció mucho más para enfrentarse contra él. El emperador plantó sus tiendas en una bella plana y se estuvo aquí con toda su hueste, y, reuniendo a toda su gente, encontró que, al contarlos, entre los de a pie y de a caballo había ciento doce mil hombres combatientes.

Y Lázaro, que supo que el emperador estaba en aquella plana, cabalgó hacia allí. Y, un miércoles, a hora de tercia, el 17 de septiembre del año 1387¹⁷, Lázaro, con toda su gente, se aproximó a la llanura donde estaba el emperador.

Este Lázaro tenía muy buena gente. Y tenía consigo muchos tedescos y muchos húngaro y alemanes, y muy buena gente de armas; y serían alrededor de treinta mil combatientes, entre hombres de a pie y de a caballo, con más de cuatro mil caballeros armados, ellos y

¹⁷ La indicación del año es errónea: debería ser 1389.

sus caballos. Y estos estaban empeñados en atacar los primeros, pues estaban mejor armados. Y todos los turcos llevaban flechas.

Por lo que, cuando Lázaro hubo dispuesto el orden de batalla y a sus hombres, y dada la delantera a estos que estaban bien armados, se le presentó un gran caballero noble húngaro que estaba entre estos cuatro mil, y capitán de doscientas lanzas, pidiéndole que le concediese la delantera. Y Lázaro se la otorgó. Después, Lázaro hizo tres partes con sus gentes, y de una de ellas fue regidor y capitán el húngaro, y de la otra hizo caudillo al que era su yerno, y él se quedó con la restante.

Y habiendo ordenado Lázaro a su gente, según correspondía para la batalla, como en todas partes hay espías, el emperador estaba informado de las partes que había hecho con sus gentes y cómo aquellos cuatro mil hombres armados, con sus caballos, debían atacar primero. Así que el emperador hizo jefe y regidor a su hijo Jacobo Xalabín; de otra parte; a Bayaceto; en la tercera, a Alí Pachá; en la cuarta, a Anabescu Bey; y en la quinta a Sein Bey; y en la cuarta quedó el emperador con mucha gente de a pie y de a caballo. Después, como tenía seis mil camellos, los hizo situar en tres filas, una delante de otra, encadenados con gruesas cadenas; y después los llenó de cencerros y címbalos, así que hacían el más grande fragor del mundo; y les hizo estar en la delantera, de forma que, cuando la gente quisiese herir, los caballos se espantasen por el ruido de los camellos y se desviasen.

Cuando el emperador hubo hecho esto, preocupado por la batalla, y temiéndola tanto que el corazón no lo pudo resistir, llamó a sus dos hijos, a Alí Pachá, Sein Bey y Anabescu Bey; y cuando los cinco le estuvieron delante, les dijo:

–Mirad, quiero ver de una vez a esta gente de Lázaro.–

Y los seis subieron a una pequeña colina cercana y desde allí arriba miraron a su gusto las huestes de Lázaro. Y cuando el emperador las hubo visto, suspiró; y estos le dijeron:

–¡Por Dios, señor! ¿Qué es esto? ¿Por qué suspiráis?

Y el emperador respondió:

–Ciertamente, es así: haría cualquier cosa porque esta batalla no se librase, incluso aunque me acarrease un poco de deshonor.–

Rápidamente estos respondieron:

–¡Oh, señor! ¿Qué quiere decir esto en vos? ¿Ahora sois cobarde? ¿No recordáis vos, señor, que vuestra espada siempre ha ido hacia delante?–

Y Bayaceto, el bastardo, habló más que ninguno, diciendo:

–¡Por Dios, señor! ¿Y será éste el consuelo que deis a vos mismo y a nosotros? ¿No sabéis vos, padre, cuanta tierra habéis conquistado y todo cuanto habéis hecho?–

El emperador contestó:

–Toda la tierra que yo he conquistado, siempre la he soportado sobre mis espaldas, y nunca he encontrado quien se me enfrentase en el campo. Por esto siento ahora gran ansiedad y haría, si de alguna forma pudiese, que esta batalla no se librase.–

Cuando estos oyeron hablar así al emperador, dijeron todos a una:

–¿Cómo? Señor, dejadnos hacer a nosotros que, con Dios, venceremos y saldremos bien parados.–

Entonces bajaron de la colina y cada quién marchó donde lo tenía ordenado. Y haciendo descansar a todas sus gentes y a los caballos, estaban dispuestos para que, si Lázaro o sus gentes atacasen, pudiesen defenderse.

Capítulo XVI. *Cómo se hizo la batalla entre los turcos y los cristianos, y cómo murió el emperador*

Estando Lázaro muy deseoso de que su gente atacara a la del emperador, hacia hora de vísperas el caballero tedesco empezó a espolear, con toda su gente, y a herir a los camellos

que estaban los primeros. Y los caballos no se espantaron, sino que herían mucho, así que desbarataron a los camellos; y se abrieron paso picando de espuelas a sus caballos. De manera que atravesaron la hueste del emperador, tanto, que llegaron a las tiendas de intendencia, esto es, de los que tenían a su cargo las viandas. Cuando llegaron allí, dieron la vuelta, intentando regresar por donde habían venido. Entonces la hueste turca se lanzó sobre estas gentes, al ver que habían entrado. Y la otra gente de Lázaro, que debía entrar a socorrer la retaguardia, lo pensaron mejor al ver que aquellos regresaban, huyendo, y no osaron entrar.

En aquel momento, el caballero húngaro, que había jurado combatir al emperador cuerpo a cuerpo, no se preocupó de su gente, sino que, avanzándose, espoleó su caballo hacia donde creía que estaba el emperador, con un pendón pequeño y un gran contingente de hombres; y se dirigió hacia él con la espada o la lanza en ristre. Y el emperador, que vio venir a este caballero en solitario con su espada alzada, lo tuvo por escarnio y dijo a la gente que le rodeaba que le dejaran paso para ver qué hacía. El caballero siguió derecho hacia el emperador, que, al ver aquello, le lanzó una flecha y después otra. Pero el caballero no lo tenía en cuenta y seguía su camino, apuntándole con la lanza, y le dio tal golpe con la fuerza del caballo que la adarga y unas corazas que el emperador tenía le traspasó, y le metió el hierro de la lanza por el costado más de cuatro dedos, abatiéndole muy malherido, como muerto; pero aún no lo estaba del todo.

La gente que se hallaba aquí, al ver que su señor yacía muerto, inmediatamente levantó gran fragor y, de un golpe, lanzaron flechas al caballero. Por aquella razón, toda la hueste alzó gran estruendo y todas las huestes se mezclaron.

Igualmente, en los primeros golpes que se dieron, murió Lázaro, que se había entremezclado en una de las partes de la batalla, contra Anabescu Bey. Y cuando el yerno de Lázaro supo que su suegro estaba muerto, no se preocupó de herir ni de proseguir la batalla, sino que ordenó que nadie se moviese y, en seguida, se ocupó de regresar a su casa para ser señor.

Capítulo XVII. *Cómo Bayaceto, el bastardo, acabó de matar a su padre y estranguló a su hermano*

Y Bayaceto, hijo bastardo del emperador, que se encontraba entonces más cerca de su padre, malherido de muerte, fue enseguida hacia aquella parte. Y sus gentes le habían puesto dentro de la tienda, y se dice que aún no estaba muerto y que este Bayaceto lo acabó de matar.

Después de esto se puso el sol, y éste envió un mensajero a Jacobo Xalabín, Anabescu Bey, Alí Pachá y Sein Bey, y estos vinieron a ver el emperador, que ya estaba muerto. Entonces, el traidor de Bayaceto asesinó a Jacobo Xalabín para ser él señor: con un delantal, lo estranguló aquella misma noche. Y los demás barones no osaron decir nada, ni moverse, sino que le obedecieron como señor.

Así, vino la noche y ninguna de las partes se preocupó de levantar el campo, sino, tan sólo, de volverse a su tierra para ser señor.

De esta manera, según habéis oído, murió el emperador y Jacobo Xalabín, su hijo legítimo, lo cual fue gran pérdida para aquellas partes.

Y es por esto que hoy en día rige toda la tierra Bayaceto, como señor, siendo bastardo. Y el hombre más notable que él tiene y hay en Turquía, que aún hoy rige por este, es Alí Pachá; y todavía vive su esposa, la hermana del señor de Setalía.

*Acabada es la historia,
a Dios gracias*